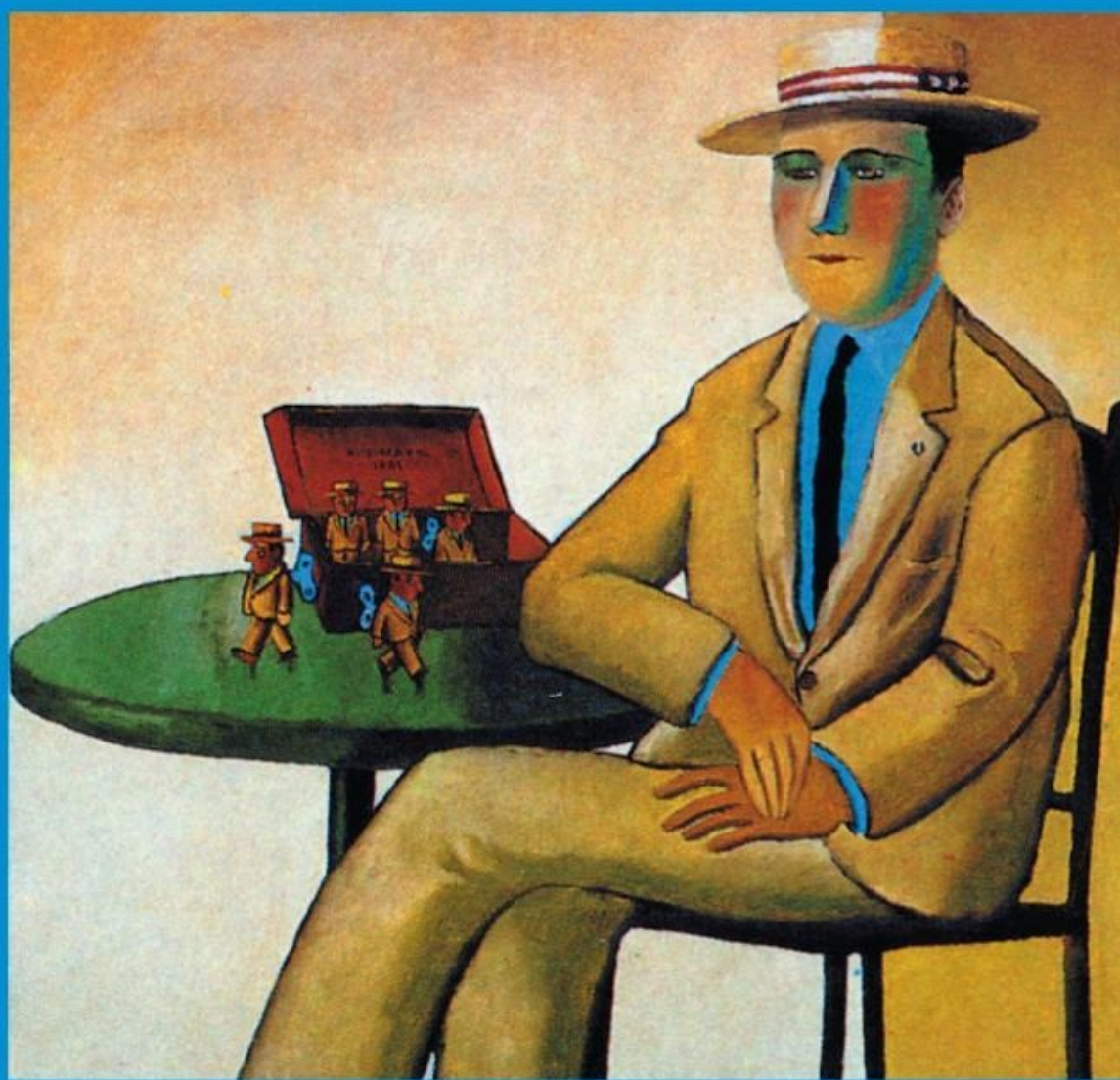


Augusto Monterroso

Obras completas
(y otros cuentos)



Lectulandia

Con este título de impasible ironía, con este libro provocador, centelleante, inesperado, el autor se dio a conocer como un escritor de excepción y se instaló en primera línea de la literatura en lengua española.

Augusto Monterroso

Obras completas (y otros cuentos)

ePub r1.0

Titivillus 03.11.2023

Augusto Monterroso, 1959

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Mister Taylor

—Menos rara, aunque sin duda más ejemplar —dijo entonces el otro—, es la historia de Mr. Percy Taylor, cazador de cabezas en la selva amazónica.

Se sabe que en 1937 salió de Boston, Massachusetts, en donde había pulido su espíritu hasta el extremo de no tener un centavo. En 1944 aparece por primera vez en América del Sur, en la región del Amazonas, conviviendo con los indígenas de una tribu cuyo nombre no hace falta recordar.

Por sus ojeras y su aspecto famélico pronto llegó a ser conocido allí como «el gringo pobre», y los niños de la escuela hasta lo señalaban con el dedo y le tiraban piedras cuando pasaba con su barba brillante bajo el dorado sol tropical. Pero esto no afligía la humilde condición de Mr. Taylor porque había leído en el primer tomo de las *Obras completas* de William G. Knight que si no se siente envidia de los ricos la pobreza no deshonra.

En pocas semanas los naturales se acostumbraron a él y a su ropa extravagante. Además, como tenía los ojos azules y un vago acento extranjero, el Presidente y el Ministro de Relaciones Exteriores lo trataban con singular respeto, temerosos de provocar incidentes internacionales.

Tan pobre y mísero estaba, que cierto día se internó en la selva en busca de hierbas para alimentarse. Había caminado cosa de varios metros sin atreverse a volver el rostro, cuando por pura casualidad vio a través de la maleza dos ojos indígenas que lo observaban decididamente. Un largo estremecimiento recorrió la sensitiva espalda de Mr. Taylor. Pero Mr. Taylor, intrépido, arrostró el peligro y siguió su camino silbando como si nada hubiera visto.

De un salto (que no hay para qué llamar felino) el nativo se le puso enfrente y exclamó:

—*Buy head? Money, money.*

A pesar de que el inglés no podía ser peor, Mr. Taylor, algo indispuerto, sacó en claro que el indígena le ofrecía en venta una cabeza de hombre, curiosamente reducida, que traía en la mano.

Es innecesario decir que Mr. Taylor no estaba en capacidad de comprarla; pero como aparentó no comprender, el indio se sintió terriblemente disminuido por no hablar bien el inglés, y se la regaló pidiéndole disculpas.

Grande fue el regocijo con que Mr. Taylor regresó a su choza. Esa noche, acostado boca arriba sobre la precaria estera de palma que le servía de lecho, interrumpido tan sólo por el zumbido de las moscas acaloradas que revoloteaban en torno haciéndose obscenamente el amor, Mr. Taylor contempló con deleite durante un buen rato su curiosa adquisición. El mayor goce estético lo extraía de contar, uno por uno, los pelos de la barba y el bigote, y de ver de frente el par de ojillos entre irónicos que parecían sonreírle agradecidos por aquella deferencia.

Hombre de vasta cultura, Mr. Taylor solía entregarse a la contemplación; pero esta vez en seguida se aburrió de sus reflexiones filosóficas y dispuso obsequiar la cabeza a un tío suyo, Mr. Rolston, residente en Nueva York, quien desde la más tierna infancia había revelado una fuerte inclinación por las manifestaciones culturales de los pueblos hispanoamericanos.

Pocos días después el tío de Mr. Taylor le pidió —previa indagación sobre el estado de su importante salud— que por favor lo complaciera con cinco más. Mr. Taylor accedió gustoso al capricho de Mr. Rolston y —no se sabe de qué modo— a vuelta de correo «tenía mucho agrado en satisfacer sus deseos». Muy reconocido, Mr. Rolston le solicitó otras diez. Mr. Taylor se sintió «halagadísimo de poder servirlo». Pero cuando pasado un mes aquél le rogó el envío de veinte, Mr. Taylor, hombre rudo y barbado pero de refinada sensibilidad artística, tuvo el presentimiento de que el hermano de su madre estaba haciendo negocio con ellas.

Bueno, si lo quieren saber, así era. Con toda franqueza, Mr. Rolston se lo dio a entender en una inspirada carta cuyos términos resueltamente comerciales hicieron vibrar como nunca las cuerdas del sensible espíritu de Mr. Taylor.

De inmediato concertaron una sociedad en la que Mr. Taylor se comprometía a obtener y remitir cabezas humanas reducidas en escala industrial, en tanto que Mr. Rolston las vendería lo mejor que pudiera en su país.

Los primeros días hubo algunas molestas dificultades con ciertos tipos del lugar. Pero Mr. Taylor, que en Boston había logrado las mejores notas con un ensayo sobre Joseph Henry Silliman, se reveló como político y obtuvo de las autoridades no sólo el permiso necesario para exportar, sino, además, una concesión exclusiva por noventa y nueve años. Escaso trabajo le costó

convencer al guerrero Ejecutivo y a los brujos Legislativos de que aquel paso patriótico enriquecería en corto tiempo a la comunidad, y de que luego estarían todos los sedientos aborígenes en posibilidad de beber (cada vez que hicieran una pausa en la recolección de cabezas) de beber un refresco bien frío, cuya fórmula mágica él mismo proporcionaría.

Cuando los miembros de la Cámara, después de un breve pero luminoso esfuerzo intelectual, se dieron cuenta de tales ventajas, sintieron hervir su amor a la patria y en tres días promulgaron un decreto exigiendo al pueblo que acelerara la producción de cabezas reducidas.

Contados meses más tarde, en el país de Mr. Taylor las cabezas alcanzaron aquella popularidad que todos recordamos. Al principio eran privilegio de las familias más pudientes; pero la democracia es la democracia y, nadie lo va a negar, en cuestión de semanas pudieron adquirirlas hasta los mismos maestros de escuela.

Un hogar sin su correspondiente cabeza tenía por un hogar fracasado. Pronto vinieron los coleccionistas y, con ellos, las contradicciones: poseer diecisiete cabezas llegó a ser considerado de mal gusto; pero era distinguido tener once. Se vulgarizaron tanto que los verdaderos elegantes fueron perdiendo interés y ya sólo por excepción adquirirían alguna, si presentaba cualquier particularidad que la salvara de lo vulgar. Una, muy rara, con bigotes prusianos, que perteneciera en vida a un general bastante condecorado, fue obsequiada al Instituto Danfeller, el que a su vez donó, como de rayo, tres y medio millones de dólares para impulsar el desenvolvimiento de aquella manifestación cultural, tan excitante, de los pueblos hispanoamericanos.

Mientras tanto, la tribu había progresado en tal forma que ya contaba con una veredita alrededor del Palacio Legislativo. Por esa alegre veredita paseaban los domingos y el Día de la Independencia los miembros del Congreso, carraspeando, luciendo sus plumas, muy serios riéndose, en las bicicletas que les había obsequiado la Compañía.

Pero, ¿qué quieren? No todos los tiempos son buenos. Cuando menos lo esperaban se presentó la primera escasez de cabezas.

Entonces comenzó lo más alegre de la fiesta.

Las meras defunciones resultaron ya insuficientes. El Ministro de Salud Pública se sintió sincero, y una noche caliginosa, con la luz apagada, después de acariciarle un ratito el pecho como por no dejar, le confesó a su mujer que se consideraba incapaz de elevar la mortalidad a un nivel grato a los intereses

de la Compañía, a lo que ella le contestó que no se preocupara, que ya vería cómo todo iba a salir bien, y que mejor se durmieran.

Para compensar esa deficiencia administrativa fue indispensable tomar medidas heroicas y se estableció la pena de muerte en forma rigurosa.

Los juristas se consultaron unos a otros y elevaron a la categoría de delito, penado con la horca o el fusilamiento, según su gravedad, hasta la falta más nimia.

Incluso las simples equivocaciones pasaron a ser hechos delictuosos. Ejemplo: si en una conversación banal, alguien, por puro descuido, decía «Hace mucho calor», y posteriormente podía comprobársele, termómetro en mano, que en realidad el calor no era para tanto, se le cobraba un pequeño impuesto y era pasado ahí mismo por las armas, correspondiendo la cabeza a la Compañía y, justo es decirlo, el tronco y las extremidades a los dolientes.

La legislación sobre las enfermedades ganó inmediata resonancia y fue muy comentada por el Cuerpo Diplomático y por las Cancillerías de potencias amigas.

De acuerdo con esa memorable legislación, a los enfermos graves se les concedían veinticuatro horas para poner en orden sus papeles y morir; pero si en este tiempo tenían suerte y lograban contagiar a la familia, obtenían tantos plazos de un mes como parientes fueran contaminados. Las víctimas de enfermedades leves y los simplemente indispuestos merecían el desprecio de la patria y, en la calle, cualquiera podía escupirles el rostro. Por primera vez en la historia fue reconocida la importancia de los médicos (hubo varios candidatos al premio Nobel) que no curaban a nadie. Fallecer se convirtió en ejemplo del más exaltado patriotismo, no sólo en el orden nacional, sino en el más glorioso, en el continental.

Con el empuje que alcanzaron otras industrias subsidiarias (la de ataúdes, en primer término, que floreció con la asistencia técnica de la Compañía) el país entró, como se dice, en un periodo de gran auge económico. Este impulso fue particularmente comprobable en una nueva veredita florida, por la que paseaban, envueltas en la melancolía de las doradas tardes de otoño, las señoras de los diputados, cuyas lindas cabecitas decían que sí, que sí, que todo estaba bien, cuando algún periodista solícito, desde el otro lado, las saludaba sonriente sacándose el sombrero.

Al margen recordaré que uno de estos periodistas, quien en cierta ocasión emitió un lluvioso estornudo que no pudo justificar, fue acusado de extremista y llevado al paredón de fusilamiento. Sólo después de su abnegado fin los académicos de la lengua reconocieron que ese periodista era una de las más

grandes cabezas del país; pero una vez reducida quedó tan bien que ni siquiera se notaba la diferencia.

¿Y Mr. Taylor? Para ese tiempo ya había sido designado consejero particular del Presidente Constitucional. Ahora, y como ejemplo de lo que puede el esfuerzo individual, contaba los miles por miles; mas esto no le quitaba el sueño porque había leído en el último tomo de las *Obras completas* de William G. Knight que ser millonario no deshonra si no se desprecia a los pobres.

Creo que con ésta será la segunda vez que diga que no todos los tiempos son buenos.

Dada la prosperidad del negocio llegó un momento en que del vecindario sólo iban quedando ya las autoridades y sus señoras y los periodistas y sus señoras. Sin mucho esfuerzo, el cerebro de Mr. Taylor discurrió que el único remedio posible era fomentar la guerra con las tribus vecinas. ¿Por qué no? El progreso.

Con la ayuda de unos cañoncitos, la primera tribu fue limpiamente descabezada en escasos tres meses. Mr. Taylor saboreó la gloria de extender sus dominios. Luego vino la segunda; después la tercera y la cuarta y la quinta. El progreso se extendió con tanta rapidez que llegó la hora en que, por más esfuerzos que realizaron los técnicos, no fue posible encontrar tribus vecinas a quienes hacer la guerra.

Fue el principio del fin.

Las vereditas empezaron a languidecer. Sólo de vez en cuando se veía transitar por ellas a alguna señora, a algún poeta laureado con su libro bajo el brazo. La maleza, de nuevo, se apoderó de las dos, haciendo difícil y espinoso el delicado paso de las damas. Con las cabezas, escasearon las bicicletas y casi desaparecieron del todo los alegres saludos optimistas.

El fabricante de ataúdes estaba más triste y fúnebre que nunca. Y todos sentían como si acabaran de recordar de un grato sueño, de ese sueño formidable en que tú te encuentras una bolsa repleta de monedas de oro y la pones debajo de la almohada y sigues durmiendo y al día siguiente muy temprano, al despertar, la buscas y te hallas con el vacío.

Sin embargo, penosamente, el negocio seguía sosteniéndose. Pero ya se dormía con dificultad, por el temor a amanecer exportado.

En la patria de Mr. Taylor, por supuesto, la demanda era cada vez mayor. Diariamente aparecían nuevos inventos, pero en el fondo nadie creía en ellos y todos exigían las cabecitas hispanoamericanas.

Fue para la última crisis. Mr. Rolston, desesperado, pedía y pedía más cabezas. A pesar de que las acciones de la Compañía sufrieron un brusco descenso, Mr. Rolston estaba convencido de que su sobrino haría algo que lo sacara de aquella situación.

Los embarques, antes diarios, disminuyeron a uno por mes, ya con cualquier cosa, con cabezas de niño, de señoras, de diputados. De repente cesaron del todo.

Un viernes áspero y gris, de vuelta de la Bolsa, aturdido aún por la gritería y por el lamentable espectáculo de pánico que daban sus amigos, Mr. Rolston se decidió a saltar por la ventana (en vez de usar el revólver, cuyo ruido lo hubiera llenado de terror) cuando al abrir un paquete del correo se encontró con la cabecita de Mr. Taylor, que le sonreía desde lejos, desde el fiero Amazonas, con una sonrisa falsa de niño que parecía decir: «Perdón, perdón, no lo vuelvo a hacer».

Uno de cada tres

Más querría encontrar quien oyera las mías que a quien me narre las suyas.

PLAUTO

Está dentro de mis cálculos que usted se sorprenda al recibir esta carta. Es probable, también, que al principio la tome como una broma sangrienta, y casi seguro que su primer impulso sea el de destruirla y arrojarla lejos de sí. Y, no obstante, difícilmente caería en un error más grave. Vaya en su descargo que no sería el primero en cometerlo, ni el último, desde luego, en arrepentirse.

Se lo diré con toda franqueza: me da usted lástima. Pero este sentimiento no sólo resulta natural, sino que está de acuerdo con sus deseos. Pertenece usted a esa taciturna porción de seres humanos que encuentran en la conmiseración ajena un lenitivo a su dolor. Le ruego que se consuele: su caso nada tiene de extraño. Uno, de cada tres, no busca otra cosa, en las más disimuladas formas. Quien se queja de una enfermedad tan cruel como imaginaria, la que se anuncia abrumada por el pesado fardo de los deberes domésticos, aquel que publica versos quejumbrosos (no importa si buenos o malos), todos están implorando, en el interés de los demás, un poco de la compasión que no se atreven a prodigarse a sí mismos. Usted es más honrado: desdeña versificar su amargura, encubre con elegante decoro el derroche de energía que le exige el pan cotidiano, no se finge enfermo. Simplemente, cuenta su historia, y, como haciendo un gracioso favor a sus amigos, les pide consejos con el obscuro ánimo de no seguirlos.

A usted le intrigará cómo me he enterado de su problema. Nada más sencillo: es mi oficio. Pronto le revelaré qué oficio sea ése.

Continúo. Hace tres días, bajo un sol matinal poco común, abordó usted un autobús en la esquina de Reforma y Sevilla. Con frecuencia las personas que afrontan esos vehículos lo hacen con expresión desconcertada y se sorprenden cuando encuentran en ellos un rostro familiar. ¡Qué diferencia en usted! Me bastó ver el fulgor con que brillaron sus ojos al descubrir una cara

conocida entre los sudorosos pasajeros, para tener la seguridad de haberme topado con uno de mis favorecedores.

Obedeciendo a un hábito profesional agucé furtivamente el oído. Y en efecto, no bien había usted cumplido, de prisa, con los saludos de rigor, se produjo el inevitable relato de sus desgracias. Ya no me cupo duda. Expuso los hechos en tal forma que era fácil ver que su amigo había recibido las mismas confidencias no más allá de veinticuatro horas antes. Seguirlo durante todo el día hasta descubrir su domicilio fue como de costumbre la parte de mis disciplinas que, me gustaría saber la razón, cumplo con más placer.

Ignoro si esto le servirá de enojo o de alegría; pero me veo en la urgencia de repetirle que su caso no es singular. Voy a exponerle en dos palabras el proceso de su situación presente. Y si, aunque lo dudo, me equivoco, tal error no será otra cosa que la confirmación de la infalible regla.

Padece usted una de las dolencias más normales en el género humano: la necesidad de comunicarse con sus semejantes. Desde que comenzó a hablar, el hombre no ha encontrado nada más grato que una amistad capaz de escucharlo con interés, ya sea para el dolor como para la dicha. Ni aun el amor se iguala a este sentimiento. Hay quienes se conforman con un amigo. Existen aquellos a quienes no les bastan mil. Usted corresponde a los últimos, y en esa simple correspondencia se originan su desgracia y mi oficio.

Me atrevería a jurar que se inició usted refiriendo su conflicto amoroso a un amigo íntimo, y que éste lo escuchó atento hasta el fin y le ofreció las soluciones que creyó oportunas. Pero usted, y de aquí arranca el interminable encadenamiento, no consideró acertadas esas fórmulas. Si le propuso con firmeza cortar, como se dice, por lo sano, usted encontró más de un motivo para no dar por perdida la batalla; si, por el contrario, su consejo fue seguir el asedio hasta la conquista de la plaza, usted se inundó de pesimismo y lo vio todo negro y perdido. De ahí a buscar el remedio en otra persona apenas si hay algo más que un paso. ¿Cuántos dio usted?

Emprendió un esperanzado peregrinaje, hasta agotar su concurrida libreta de direcciones. Incluso trató (con éxito creciente) de entablar nuevas relaciones para apurar el tema. No es extraño que de pronto reparara en que el día tiene tan sólo veinticuatro horas, y en que esa desconsideración astronómica constituía un monstruoso factor en su contra. Fue preciso multiplicar los medios de locomoción y planear un horario de sutil exactitud. El uso metódico del teléfono vino en su auxilio y ensanchó, es cierto, sus posibilidades; pero este anticuado sistema todavía es un lujo, y el setenta por

ciento de aquellos a quienes usted quiere mantener enterados carecen de esa dudosa ventaja.

No contento con los desvelos y el insomnio, principió usted a madrugar para ganar un tiempo cada vez más fugitivo e irreparable. El descuido de su aseo personal se hizo notorio: la barba le creció montaraz; sus pantalones, antes impecables, se vieron invadidos por las rodilleras, y un terco polvo gris cubrió de pesadumbre sus zapatos. Le pareció injusto, pero tuvo que aceptar el hecho de que, si bien usted madrugaba lleno de entusiasmo, escaseaban los amigos dispuestos a compartir esa vehemencia matinal. Así, ¿hay que decirlo?, ha llegado el momento ineludible en que usted es físicamente incapaz de conservar bien informado al amplio círculo de sus relaciones sociales.

Ese momento es también mi momento. Por una modesta suma mensual yo le ofrezco la solución más apropiada. Si usted la acepta —y puedo asegurar que lo hará porque no le queda otro remedio— relegará al olvido el incesante deambular, las rodilleras, el polvo, la barba, los fatigosos telefonemas.

En pocas palabras: estoy en condiciones de poner a su disposición una excelente radiodifusora especializada. Dispongo en la actualidad (por el sensible fallecimiento de un antiguo cliente afectado por la Reforma Agraria) de un cuarto de hora que, si tomamos en cuenta lo avanzado de sus confidencias, sería más que suficiente para sostener a sus amistades ya no digamos al día, pero al minuto, de su apasionante caso.

Creo de más enumerar a usted las ventajas de mi método. Sin embargo, le insinuaré algunas.

1.^a El efecto sedante sobre el sistema nervioso está garantizado desde el primer día.

2.^a Discreción asegurada. Aun cuando su voz podrá ser recibida por cualquier sujeto poseedor de un aparato de radio, juzgo improbable que personas ajenas a su amistad quieran seguir una confidencia cuyos antecedentes desconocen. Así, se descarta toda posibilidad de curiosidad malsana.

3.^a Muchos de sus amigos (que hoy escuchan con desgano la versión directa) se interesarán vivamente por la audición radiofónica con sólo que usted mencione en ella sus nombres en forma abierta o alusiva.

4.^a Todos sus conocidos estarán informados al mismo tiempo de los mismos hechos. Circunstancia que evita celos y reclamaciones posteriores, pues solamente un descuido, o un azaroso desperfecto en el aparato propio, colocaría a alguno en desventaja respecto de los demás. Para eliminar esa

contingencia deprimente cada programa se inicia con una breve sinopsis de lo narrado con anterioridad.

5.^a El relato cobra mayor interés y variedad, y puede amenizarse, cuando así se considere oportuno, con ilustrativas selecciones de arias de ópera (no insistiré sobre la riqueza sentimental de las italianas) y trozos de los grandes maestros. Un fondo musical adecuado es obligatorio por reglamento. Además, una amplia discoteca, en la que se recogen hasta los más increíbles ruidos que el hombre y la naturaleza producen, está al servicio del suscriptor.

6.^a El relator no ve la cara de los oyentes, lo que evita toda suerte de inhibiciones, tanto para él como para los que lo escuchan.

7.^a Siendo la audición una vez al día y por un cuarto de hora, el confidente dispone de veintitrés horas y tres cuartos de hora adicionales para preparar sus textos, impidiendo así, en absoluto, contradicciones molestas y olvidos involuntarios.

8.^a Si el relato alcanza éxito y al número de amigos y conocidos se suma una considerable cantidad de oyentes espontáneos, no es difícil encontrar casa patrocinadora, lo que une a las ventajas ya registradas cierta factible ganancia monetaria que, de ir creciendo, abriría las posibilidades de absorber las veinticuatro horas del día y convertir, así, una simple audición de quince minutos en un programa ininterrumpido de duración perpetua. Mi honestidad me obliga a confesar que hasta ahora no se ha producido este caso, pero ¿por qué no esperarlo de su talento?

Este es un mensaje de esperanza. Tenga fe. Por lo pronto, piense con fuerza en esto: el mundo está poblado de seres como usted. Sintone su aparato receptor exactamente en los 1373 kilociclos, en la banda de 720 metros. A cualquier hora del día o de la noche, en invierno o en verano, con lluvia o con sol, podrá escuchar las voces más diversas e inesperadas, pero también más llenas de melancólica serenidad: la de un capitán que refiere, desde hace más de catorce años, cómo se hundió su barco bajo la aciaga tormenta sin que él se decidiera a compartir su suerte; la de una mujer minuciosa que extravió a su único hijo en la poblada noche de un 15 de septiembre; la de un delator atormentado por el remordimiento; la de un ex dictador centroamericano, la de un ventrílocuo. Todos contando interminablemente su historia, todos pidiendo compasión.

Sinfonía concluida

—Yo podría contar —terció el gordo atropelladamente— que hace tres años en Guatemala un viejito organista de una iglesia de barrio me refirió que por 1929 cuando le encargaron clasificar los papeles de música de La Merced se encontró de pronto unas hojas raras que intrigado se puso a estudiar con el cariño de siempre y que como las acotaciones estuvieran escritas en alemán le costó bastante darse cuenta de que se trataba de los dos movimientos finales de la *Sinfonía inconclusa* así que ya podía yo imaginar su emoción al ver bien clara la firma de Schubert y que cuando muy agitado salió corriendo a la calle a comunicar a los demás su descubrimiento todos dijeron riéndose que se había vuelto loco y que si quería tomarles el pelo pero que como él dominaba su arte y sabía con certeza que los dos movimientos eran tan excelentes como los primeros no se arredró y antes bien juró consagrar el resto de su vida a obligarlos a confesar la validez del hallazgo por lo que de ahí en adelante se dedicó a ver metódicamente a cuanto músico existía en Guatemala con tan mal resultado que después de pelearse con la mayoría de ellos sin decir nada a nadie y mucho menos a su mujer vendió su casa para trasladarse a Europa y que una vez en Viena pues peor porque no iba a ir decían un *Leiermann*^[1] guatemalteco a enseñarles a localizar obras perdidas y mucho menos de Schubert cuyos especialistas llenaban la ciudad y que qué tenían que haber ido a hacer esos papeles tan lejos hasta que estando ya casi desesperado y sólo con el dinero del pasaje de regreso conoció a una familia de viejitos judíos que habían vivido en Buenos Aires y hablaban español los que lo atendieron muy bien y se pusieron nerviosísimos cuando tocaron como Dios les dio a entender en su piano en su viola y en su violín los dos movimientos y quienes finalmente cansados de examinar los papeles por todos lados y de olerlos y de mirarlos al trasluz por una ventana se vieron obligados a admitir primero en voz baja y después a gritos ¡son de Schubert son de Schubert! y se echaron a llorar con desconsuelo cada uno sobre el hombro del otro como si en lugar de haberlos recuperado los papeles se hubieran perdido en ese momento y que yo me asombrara de que todavía llorando si bien ya más calmados y luego de

hablar aparte entre sí y en su idioma trataron de convencerlo frotándose las manos de que los movimientos a pesar de ser tan buenos no añadían nada al mérito de la sinfonía tal como ésta se hallaba y por el contrario podía decirse que se lo quitaban pues la gente se había acostumbrado a la leyenda de que Schubert los rompió o no los intentó siquiera seguro de que jamás lograría superar o igualar la calidad de los dos primeros y que la gracia consistía en pensar si así son el *allegro* y el *andante* cómo serán el *Scherzo* y el *allegro ma non troppo* y que si él respetaba y amaba de veras la memoria de Schubert lo más inteligente era que les permitiera guardar aquella música porque además de que se iba a entablar una polémica interminable el único que saldría perdiendo sería Schubert y que entonces convencido de que nunca conseguiría nada entre los filisteos ni menos aún con los admiradores de Schubert que eran peores se embarcó de vuelta a Guatemala y que durante la travesía una noche en tanto la luz de la luna daba de lleno sobre el espumoso costado del barco con la más profunda melancolía y harto de luchar con los malos y con los buenos tomó los manuscritos y los desgarró uno a uno y tiró los pedazos por la borda hasta no estar bien cierto de que ya nunca nadie los encontraría de nuevo al mismo tiempo —finalizó el gordo con cierto tono de afectada tristeza— que gruesas lágrimas quemaban sus mejillas y mientras pensaba con amargura que ni él ni su patria podrían reclamar la gloria de haber devuelto al mundo unas páginas que el mundo hubiera recibido con tanta alegría pero que el mundo con tanto sentido común rechazaba.

Primera dama

—Mi marido dice que son tonteras mías —pensaba—; pero lo que quiere es que yo sólo me esté en la casa, matándome como antes. Y eso sí que no se va a poder. Los otros le tendrán miedo, pero yo no. Si no le hubiera ayudado cuando estábamos bien fregados, todavía. ¿Y por qué no voy a poder recitar, si me gusta? El hecho de que él sea ahora Presidente, en vez de ser un obstáculo debería hacerlo pensar que así le ayudo más. Y es que los hombres, sean presidentes o no, son llenos de cosas. Además, yo no voy a andar recitando en cualquier parte como una loca sino en actos oficiales o en veladas de beneficencia. Sí pues, si no tiene nada de malo.

No tenía nada de malo. Terminó de bañarse. Entró en su dormitorio. Mientras se peinaba, vio en el espejo, detrás de ella, los estantes llenos de libros en desorden. Novelas. Libros de poesía. Pensó en algunos y en lo mucho que le gustaban. Antologías de las mil mejores poesías universales, titanes y recitadores sin maestro en los que había señalado con papelitos los poemas más bellos. *Reír llorando, La cabeza del rabí. ¡Trópico! A una madre.* Dios mío, de dónde sacaban tanto tema.

Pronto ya no iban a caber los libros en la casa. Pero aunque uno no los leyera todos, eran la mejor herencia.

Sobre el tocador tenía varios ejemplares del programa de esa noche. Si se animara a dar un recital ella sola. Hasta ahora no había organizado ninguno, por modestia. Sabía, sin embargo, que de cualquier manera ella era la figura principal.

Esta vez se trataba de una velada preparada algo a la carrera para el Desayuno Escolar. Alguien había notado que los niños de las escuelas andaban medio desnutridos, y que algunos se desmayaban a eso de las once, tal vez cuando el maestro estaba en lo mejor. Al principio lo atribuyeron a indigestiones, más tarde a una epidemia de lombrices (Salubridad) y sólo al final, durante una de sus frecuentes noches de insomnio, el Director General de Educación, nebulosamente, sospechó que podrían ser casos de hambre.

Cuando el Director General convocó a un buen número de padres de familia, la mayoría se indignó de viva voz ante la suposición de que fueran tan pobres, y, por orgullo frente a los demás, ninguno estuvo dispuesto a aceptarlo. Pero en cuanto se disolvió la reunión, varios de ellos, individualmente, se acercaron al Director y reconocieron que en ocasiones — no siempre, claro— mandaban a sus hijos a la escuela sin nada en el estómago. El Director se asustó al confirmar su sospecha y decidió que era necesario hacer algo pronto. Por fortuna recordó que el Presidente había sido su compañero de colegio y dispuso ir a verlo cuanto antes. No se arrepintió. El Presidente lo recibió de lo más simpático, probablemente con mucha más cordialidad de la que hubiera desplegado desde una posición menos elevada. De manera que cuando él comenzó: «Señor Presidente...» se rió y le dijo: «Dejate de babosadas de Señor Presidente y decime sin rodeos a lo que venís», y siempre riéndose lo obligó a sentarse, mediante una ligera presión en el hombro. Estaba de buenas. Pero el Director sabía que por más palmaditas que le dieran ya no era lo mismo que en los tiempos en que iban juntos a la escuela, o sencillamente que hacía apenas dos años, cuando todavía se tomaron un trago con otros amigos en El Danubio. De todos modos, se veía que empezaba a sentirse cómodo en el cargo. Como él mismo dijera levantando el índice en una reciente cena en casa de sus padres, de sobremesa, ante la expectación general primero, y la calurosa aprobación después, de sus parientes y compañeros de armas: «Al principio se siente raro; pero uno se acostumbra a todo».

—Pues sí, ¿qué te trae por acá? —insistió—. Apuesto a que ya tenés líos en el Ministerio.

—Bueno, si querés saber la verdad, sí.

—¿Verdá? —dijo triunfante el Presidente, aprobando su propia sagacidad.

—Pero, si me lo permitís, no vengo a eso; otro día te cuento. Mirá, para no quitarte el tiempo, te lo voy a decir de una vez. Fijate que ha habido varios casos de niños que se desmayan de hambre en las escuelas y yo quisiera ver qué podemos hacer. Prefiero decírtelo a vos de una vez porque si no es la bruta andar de aquí para allá. Además, mejor te lo cuento yo porque no faltará quien te venga a decir que no hago nada. Mi idea es que me autoricés para tratar de conseguir algo de dinero y fundar una especie de Gota de Leche semioficial.

—¿No te me estarás volviendo comunista, vos? —lo detuvo él, soltando una carcajada. Aquí sí que se echaba de ver su excelente humor de ese día. Los dos se rieron mucho. El Director le advirtió en broma que tuviera cuidado

porque estaba leyendo un librito sobre marxismo, a lo que él repuso sin dejar de reírse que no se lo fuera a ver el Director de la Policía porque lo podía joder. Después de cambiar aún otras frases ingeniosas alrededor del mismo tema, él le dijo que le parecía bien, que fuera viendo a quién le sacaba plata, que dijera que él estaba de acuerdo y que quizá la UNICEF podía dar un poco más de leche. «Los gringos tienen leche como la chingada», afirmó por último, poniéndose de pie y dando por terminada la entrevista.

—Ah, y mirá —añadió cuando ya el Director se encontraba en la puerta—: si querés hablale a mi señora para que te ayude; a ella le gustan esas cosas.

El Director le dijo que estaba bueno y que le iba a hablar en seguida.

No obstante, esto más bien lo deprimió, porque no le agradaba trabajar con mujeres. Peor de funcionarios. La mayoría eran raras, vanidosas, difíciles, y uno tenía que andarse todo el tiempo con cortesías, preocupándose de que estuvieran siempre sentadas y poniéndose nervioso cuando por cualquier circunstancia había que decirles que no. De paso que a ella no la conocía mucho. Pero lo mejor era interpretar la sugerencia del Presidente como una orden.

Cuando le habló, ella aceptó sin vacilar. ¿Cómo podía dudarle? No sólo le iba a ayudar haciendo propaganda entre sus amigas, sino que personalmente trabajaría con entusiasmo, tomando parte, por ejemplo, en las veladas que se organizaran.

—Yo puedo recitar —le dijo—; ya sabe que siempre he sido aficionada. «Qué bueno», pensó mientras se lo decía, «que haya esta oportunidad». Pero al mismo tiempo se arrepintió de su pensamiento y le dio miedo de que Dios la castigara cuando reflexionó que no era bueno que los niños se desmayaran de hambre. «Pobrecitos», pensó rápido para aplacar al cielo y eludir el castigo. Y en voz alta dijo:

—Pobres criaturas. ¿Y como cada cuánto se desmayan?

El Director le explicó pacientemente que no se desmayaban los mismos en forma periódica, sino que una vez era uno y otra otro, y que lo mejor era ver cómo le daban desayuno al mayor número posible. Tendrían que fundar una organización para reunir fondos.

—Claro —dijo ella—. ¿Y cómo le pondremos?

—¿Qué le parece «Desayuno Escolar»? —dijo el Director.

Pasó su mano sobre el programa, un trozo cuadrangular de papel satinado elegantemente impreso:

1.º Palabras preliminares, por el Sr. D. Hugo Miranda, Director General de Educación del Ministerio de Educación Pública.

2.º Barcarola de los Cuentos de Hoffman, de Offenbach, por un grupo de alumnos de la Escuela 4 de Julio.

3.º Tres valsos de F. Chopin, por René Elgueta, alumno del Conservatorio Nacional.

4.º Los Motivos del Lobo, de Rubén Darío, por la Excma. Sra. Doña Eulalia Fernández de Rivera González, Primera Dama de la República.

5.º Cielos de mi Patria, por el compositor nacional D. Federico Díaz, su autor al piano.

6.º Himno Nacional.

Ella creía que estaba bien. Aunque quizá era demasiada música y poca recitación.

—¿Te gusta lo que voy a recitar? —le preguntó a su marido.

—Con tal que no se te olvide a medio camino y no hagas el ridículo —replicó él malhumorado pero incapaz de oponerse en serio—. Realmente no sé para qué te metiste a esa babosada. Parece que no conocieras a los muchachos cómo son de fregados. Ya van a empezar a hacerte chistes. Pero como cuando se te mete una cosa en la cabeza nadie te la saca.

En los tiempos en que la enamoraba le gustaba que declamara y hasta le pedía que lo hiciera para quedar bien con ella. Pero ahora era otra cosa y sus apariciones en público lo irritaban.

«¿Veperdapa quepe epes lopo quepe dipigopo?» —pensó ella— «no pueden ver que la esposa tenga ninguna iniciativa porque luego empiezan a poner peros y a querer acomplejarlo a uno».

—Qué se me va a andar olvidando —dijo en voz alta, levantándose a buscar un pañuelo—; me la sé desde niña. Lo que no me gusta es que estoy algo acatarrada. Pero yo creo que es por los nervios. Siempre que tengo que hacer algo importante en una fecha fija me da miedo de enfermarme y empiezo a pensar: ya me va a dar catarro, ya me va a dar catarro, hasta que me da de veras. Sí pues. Deben de ser los nervios. La prueba está en que después se me pasa.

Enfrentándose bruscamente con el espejo, se puso a levantar los brazos y a probar la voz:

—El varóooooon que tiene corazóooooon de *liz*
aaaaalma de queeeeeerube, lenguaaaaaa celestiallllll
el míiiiiinimo y dulce Francisco de Asíiiiiis
estacón

un rudui
torvoa
nimal.

Pronunciaba *liz*. Era bueno alargar las sílabas acentuadas. Pero no siempre sabía cuáles eran, a menos que tuvieran el acento ortográfico. Por ejemplo: «varón», oooooon; «mínimo», miiiiiii; «corazón», oooooon. Pero en «alma de querube, lengua celestial» no había modo de saberlo. En fin, lo importante era sentir, porque cuando no se siente de nada sirve conocer todas las reglas.

—El varón
el varón que tiene
el varón que tiene corazón
el varón que tiene corazón de *liz*

Cuando llegó a la escuela era aún demasiado temprano. Sin embargo, se sintió desalentada porque había pocas personas ocupando los asientos. Pero pensó que entre nosotros la gente siempre llega tarde y que cuándo nos iríamos a quitar esa costumbre. En el pequeño escenario, detrás del telón improvisado, las alumnas de la Escuela 4 de Julio ensayaban en voz baja la Barcarola. El profesor de canto, muy serio, les daba el «la» con un pequeño pito de metal plateado que emitía esa única nota. Al observar que ella estaba allí, viéndolo sonriente, le dirigió un breve saludo con la cabeza y dejó de mover los brazos; pero por cortedad, o por no parecer demasiado servil, o porque de plano no lo era, no interrumpió su ensayo. Ella se lo agradeció, pues en ese ratito estaba repasando mentalmente el poema y si la interrumpían tenía que tomar otra vez el hilo desde el principio. Como si en realidad la estuviera usando, aclaraba la garganta cada cinco o seis versos, a pesar de que sabía que con eso sólo lograba irritarla cada vez más, igual que aquel maestro a quien sus alumnos por molestarlo le dijeron que tenía colorado el ojo y él se puso a restregárselo y a restregárselo, hasta que se lo dejó tan colorado que ellos no podían contener la risa; o como los monos, que si les ponen un poco de excremento en la palma de la mano no paran de olerlo hasta que se mueren. Cómo era eso de las obsesiones. Lo que más cólera le daba es que estaba segura de que todo pasaría en cuanto terminara su número. Sí pues. Pero era molesto, mientras tanto, pensar que se le iba a salir un gallo en medio de la recitación.

La verdad es que sería una estupidez tenerle miedo al público. En el supuesto caso de que sus intervenciones no agradaran, no se debería a ella sino a que la gente en general es muy ignorante y no sabe apreciar la poesía. Todavía les faltaba mucho. Pero precisamente por eso aprovecharía cuanta

ocasión se le presentara para ir dando a conocer los buenos versos y revelándose como declamadora.

—Pero señora —le reprochó preocupado el Director General cuando llegó sudoroso—, si yo iba a pasar por usted. No está bien que se haya venido sola.

Ella lo miró comprensiva y lo tranquilizó cortésmente. Desde que se convirtió en la Primera Dama se alegraba cuando tenía la oportunidad de demostrar que era una persona modesta, posiblemente mucho más modesta que cualquiera otra en el mundo, y hasta había estudiado en el espejo una sonrisa y una mirada encantadoras que significaban más o menos: «¡Cómo se le ocurre! ¿Se imagina que porque soy la esposa del Presidente me he vuelto una presumida?». Pero el Director quiso entender más bien que lo trataba con ironía, y, deprimido, se puso a hablar sin ton ni son de esto y lo otro. No bien los demás artistas fueron llegando y rodeándola, aprovechó la ocasión para retirarse. Después se le veía gordito dando órdenes y disponiéndolo todo, de acuerdo con el principio de que si uno mismo no hace las cosas no hay quien las haga.

Sólo se acercó de nuevo para decirle:

—Prepárese, señora. Vamos a empezar.

Como contaba ya con alguna práctica, el Director explicó sin apuro que estábamos allí movidos por un alto espíritu de solidaridad humana. Que había muchos niños subalimentados cosa que el Gobierno era el primero en lamentar porque como le había dicho personalmente el Presidente cuando lo llamó para hacérselo ver hay que hacer algo por esos niños en interés de los altos destinos de la patria mueva usted las conciencias remueva cielo y tierra conmueva los corazones en favor de esa noble cruzada. Que ya eran varias las personas de todas las capas sociales que habían ofrecido su desinteresada ayuda y que nuestros amigos norteamericanos esa noble y generosa nación que con justicia podíamos llamar la despensa del mundo habían prometido hacer un nuevo sacrificio de latas de leche en polvo. Que nuestra tarea era modesta en sus comienzos pero que estábamos dispuestos a no omitir esfuerzo alguno para convertirla no sólo en un hecho real y concreto del presente sino en un estimulante ejemplo para las generaciones futuras. Que teníamos el alto orgullo de contar también con la ayuda de la Primera Dama de la República cuyo arte exquisito tendríamos el honor de apreciar dentro de breves instantes y cuyas entrañas generosamente maternales se habían conmovido hasta las lágrimas al saber la desgracia de esos niños que ya fuera por alcoholismo de sus padres o por descuido de sus madres o por ambas cosas no podían disfrutar en sus modestos hogares de la sagrada institución

del desayuno con peligro para su salud y en desmedro del aprovechamiento de la instrucción que el Ministerio que nos honrábamos en representar esa noche estaba empeñado en impartirles convencido de que el libro y sólo el libro resolvería los seculares problemas a que se enfrentaba la patria. Y que había dicho.

Después de los aplausos las niñas de la Escuela 4 de Julio cantaron con su acostumbrada dulzura el la, lalá, lalalalalá, lalalalalá, lalá de la Barcarola, mientras el pianista nervioseaba ansioso de atacar sus valeses que, como tantas otras cosas ese día en diversas regiones del globo, comenzaron también y terminaron con toda felicidad y gloria.

Ella inclinó la cabeza, diciendo gracias mentalmente. Cruzó las manos y se las contempló durante un momento, esperando que se produjera la atmósfera necesaria. Pronto sintió que de su boca, a través de sus palabras, se iba asomando al mundo San Francisco de Asís, mínimo y dulce, hasta tomar la forma del ser más humilde de la tierra. Pero en seguida esa ilusión de humildad quedaba atrás porque otras palabras, encadenadas uno no sabía cómo con las primeras, cambiaban su aspecto hasta convertirlo en un hombre iracundo. Y ella sentía que tenía que ser así y no de otra manera porque se encontraba llamándole la atención a un lobo, cuyos colmillos habían dado horrorosa cuenta de pastores, rebaños y cuanto ser viviente se le ponía por delante. Sí pues. Su voz tembló luego y se le escapó una lágrima en el preciso instante en que el santo le decía al lobo que no fuera malo, que por qué no se dejaba de andar por ahí sembrando el terror entre los campesinos y que si acaso venía del infierno. Aunque inmediatamente después casi se veía brotar de sus labios una gran tranquilidad cuando el animal, no sin haberlo reflexionado un rato, seguía al santo a la aldea, donde todos se admiraban de verlo tan mansito que hasta un niño le podía dar de comer en la mano. Las palabras le salían entonces dulces y tiernas y pensaba que el lobo le podía dar de comer también al niño para que no se desmayara de hambre en la escuela. Pero volvía a angustiarse porque en un descuido de San Francisco el lobo se iba nuevamente al monte a acabar con las gentes del campo y con sus ganados. Su voz adquiría aquí un tono de condenación implacable y la elevaba y la bajaba conforme iba siendo necesario, sin acordarse para nada del catarro ni de los malditos nervios de los días anteriores, como ella sabía de antemano que sucedería. Por el contrario, la envolvía una grata sensación de seguridad de seguridad de seguridad pues era fácil notar que el público la escuchaba fuertemente impresionado ante las barbaridades de la fiera; a pesar de que ella sabía ya, en ese momento, se cambiarían los papeles y el lobo se

convertiría de acusado en acusador cuando San Francisco lo iba a buscar de nuevo con su acostumbrada confianza para meterlo otra vez en cintura. Por más que uno no quisiera, había que ponerse de parte del lobo, cuyas palabras eran fácilmente interpretables: Sí, ¿verdad?, muy bonito; yo me estaba ahí todo manso comiendo lo que se les antojaba arrojarme y lamiendo las manos de todos como un cordero, mientras los hombres en sus casas se entregaban a la envidia y a la lujuria y a la ira y se hacían la guerra unos a otros y perdían los débiles y ganaban los malos. Decía las palabras «débiles» y «malos» con tonos tan diferentes que a nadie podía caberle la menor duda de que ella estaba de parte de los primeros. Y se sentía segura de que la cosa iba bien y de que su recitación era un éxito, porque verdaderamente se indignaba ante tantas canalladas que dejaban chiquitas las del lobo, que al fin y al cabo no era un ser racional. Sin darse cuenta ni cómo se acercó el instante en que sabía que ya, ahora, ahora, las palabras debían brotar de su garganta ni muy fuertes, ni muy tiernas, ni furiosas, ni mansas, sino impregnadas de desesperanza y amargura, pues no otra cosa debió de sentir el santo cuando le dio la razón a la fiera y se dirigió finalmente al padre nuestro que estáaaaaaaaas en los cieeeeeeeelos.

Permaneció unos segundos con los brazos en alto. El sudor le corría en hilitos entre los pechos y por la espalda. Oyó que aplaudían. Bajó las manos. Se arregló con disimulo la falda y saludó modestamente. El público, después de todo, no era tan bruto. Pero buen esfuerzo le estaba costando hacerlo llegar a la poesía. Era lo que ella pensaba: poco a poco. Mientras estrechaba las manos de los que la felicitaban se sintió embargada por un dulce y suave sentimiento de superioridad. Y cuando una señora humilde que se acercó a saludarla le dijo que qué bonito, estuvo a punto de abrazarla, pero se contuvo y se conformó con preguntarle: «¿Le gustó?», pues la verdad es que ya no estaba pensando en eso sino en lo bueno que sería organizar pronto otro acto, en un local más grande, quizá en un teatro de verdad, en el que ella sola se encargara de la totalidad del programa, porque lo malo de estas veladitas era que los músicos aburrían a la gente, a pesar de que al otro día también los elogiaban en el periódico, lo que no era justo. No pues.

Ya en la puerta de su casa invitó al Director General y a dos o tres amigos a tomar un *whisky* «para celebrar». Deseaba prolongar un rato más la conversación sobre su triunfo. Ojalá estuviera su marido para que oyera lo que le decían y para que se convenciera de que no eran cosas de ella. Qué bien había resultado todo, ¿verdad? ¿Y como cuánto sacarían?

El Director General le informó muy elaboradamente que tenían utilidades por \$7.50.

—¿Tan poquito? —dijo ella.

Él pensó con amargura pero dijo con optimismo que para ser la primera no estaba tan mal. Que les había faltado propaganda.

—No —dijo ella—. Yo creo que se debe al local que es muy chiquito.

—Bueno, claro —dijo él—. En eso tiene razón.

—¿Cómo hiciéramos? —dijo ella—. Hay que hacer algo para ayudar a esos pobres niños.

—Bueno —dijo él—; lo importante es que ya comenzamos.

—Sí —dijo ella—; pero la cosa es seguir adelante. Tenemos que preparar algo más serio.

—Yo creo que si contamos con su ayuda... —dijo él.

—Sí sí podemos conseguir un teatro yo voy a recitar ya va a ver pero que sea teatro grande porque si no ya vio lo que pasa se esfuerza uno preparando las cosas y total casi no se saca nada de todos modos le voy a hablar a mi marido siempre me está empujando a recitar es mi mejor estímulo ¿se fijó? la gente tiene gana de oír poesía si viera la emoción que sentí cuando una señora que ni me conoce me dijo que le había gustado mucho yo creo que un recital de poesía sería un éxito ¿qué dice usted? —dijo ella.

—Claro —dijo él—; a la gente le gusta mucho.

—Fíjese que estoy preocupada —dijo ella— por lo poco que sacamos hoy. ¿Qué le parece si le doy cien pesos para no salir tan mal? Tengo muchas ganas de ayudar. Yo creo que poco a poco vamos a ir saliendo.

Él dijo que claro; que poco a poco iban a ir saliendo.

El eclipse

Cuando fray Bartolomé Arrazola se sintió perdido aceptó que ya nada podría salvarlo. La selva poderosa de Guatemala lo había apresado, implacable y definitiva. Ante su ignorancia topográfica se sentó con tranquilidad a esperar la muerte. Quiso morir allí, sin ninguna esperanza, aislado, con el pensamiento fijo en la España distante, particularmente en el convento de Los Abrojos, donde Carlos Quinto condescendiera una vez a bajar de su eminencia para decirle que confiaba en el celo religioso de su labor redentora.

Al despertar se encontró rodeado por un grupo de indígenas de rostro impassible que se disponían a sacrificarlo ante un altar, un altar que a Bartolomé le pareció como el lecho en que descansaría, al fin, de sus temores, de su destino, de sí mismo.

Tres años en el país le habían conferido un mediano dominio de las lenguas nativas. Intentó algo. Dijo algunas palabras que fueron comprendidas.

Entonces floreció en él una idea que tuvo por digna de su talento y de su cultura universal y de su arduo conocimiento de Aristóteles. Recordó que para ese día se esperaba un eclipse total de sol. Y dispuso, en lo más íntimo, valerse de aquel conocimiento para engañar a sus opresores y salvar la vida.

—Si me matáis —les dijo— puedo hacer que el sol se oscurezca en su altura.

Los indígenas lo miraron fijamente y Bartolomé sorprendió la incredulidad en sus ojos. Vio que se produjo un pequeño consejo, y esperó confiado, no sin cierto desdén.

Dos horas después el corazón de fray Bartolomé Arrazola chorreaba su sangre vehemente sobre la piedra de los sacrificios (brillante bajo la opaca luz de un sol eclipsado), mientras uno de los indígenas recitaba sin ninguna inflexión de voz, sin prisa, una por una, las infinitas fechas en que se producirían eclipses solares y lunares, que los astrónomos de la comunidad maya habían previsto y anotado en sus códices sin la valiosa ayuda de Aristóteles.

Diógenes también

Sooner murder an infant in its cradle than nurse unacted desires.

WILLIAM BLAKE

En cuanto a tiempo, en cuanto a distancia, lo que se dice el hecho material de transportarse de un lugar a otro en el espacio, era ciertamente muy fácil para P. (como lo llamaba el Director de la escuela cuando, fuertes nudillos, bigote tembloroso, lo reprendía) llegar hasta su casa. Y sin embargo, ¡tan difícil! Y no; no es que fuera débil o enfermo. Aparte de una imperceptible y poco molesta deformación craneana era un niño como todos los demás.

Era el ambiente de su casa lo que le disgustaba; el aspecto no diré sombrío pero tampoco agradable de las dos habitaciones; su oscuridad y el fino polvo que lo invadía todo, hasta su nariz, haciéndole consciente la respiración; y algún mal olor indefinible, constante, que flotaba por todos los rincones; todo esto acompañado a la monótona insistencia de su madre: «Debes estudiar tus lecciones, debes estudiar, debes», eran motivos suficientes para convertir en difícil y odiosa la simple tarea del regreso.

Notaba en cambio el alborozo, el contento de sus compañeros —ocho, nueve, once años— cuando llegaba el momento en que todavía el sol bien alto abandonaban el viejo caserón de aulas estrechas y lleno de maestros —ahora tan distantes, tan irreales— cuyos nombres olvidaba, o ha olvidado, tan fácilmente como la precisa ubicación de mares de colores y ríos imposibles.

Mi casa —creo que ya lo dije— quedaba a unas pocas cuadras, tal vez cuatro y unos pasos más, de la escuela. Tal vez cinco. No lo puedo decir con certeza, pues es inútil que trate de recordar alguna vez en que haya hecho el recorrido directamente. Solía yo entonces, lo acostumbraba, lo necesitaba, como se desprende de los primeros párrafos de este relato, hacer un gran rodeo antes de llegar.

Al salir de clases me iba por lo general a los mercados, donde me extasiaba viendo las frutas amarillas y rojas y oyendo —y aprendiendo— las bárbaras expresiones de las verduleras; o a los barrancos, en los que se

escuchan extraños y misteriosos ruidos justo a la hora en que el sol se pone; o, a veces, a las iglesias, en las que había santos (algunos mutilados. Nunca supe si así fueron en vida o si su manquedad se debía a efectos del tiempo en el material de que estaban contruidos) y santas que me inspiraban un natural terror, que todavía siento.

Tenía como medida de tiempo esperar a que el sol se ocultara por completo antes de acercarme a mi casa. La puerta estaba siempre abierta; mi madre la abría desde temprano —quizá no la cerraba nunca— para que yo no interrumpiera con mi llamado su labor de crochet. No formaba parte de mis conocimientos en esa época el hecho de que la hora de la caída del sol va variando de día en día. Por esta razón, en junio, cuando los días se alargan y parece que no van a terminar nunca, llegaba tan tarde que mi madre algunas veces, preocupada por lo que pudiera acontecerme, estaba esperándome a la puerta. Entonces me azotaba con un poco de furia y me clavaba las uñas en los brazos mientras me reprendía. Pero a pesar de los golpes y de las reprimendas yo nunca entendí que el sol pudiera atrasarse y seguía llegando tarde, en ocasiones con los pies llenos de barro y empapado por los insultantes aguaceros del verano, que en mi país se llama invierno.

Fue durante unas vacaciones —ansiadas todo el año, pronto insoportables — cuando tuve conciencia cabal de que en mi casa no marchaban muy bien las cosas.

Mi padre estaba ausente. Recordé, confirmé entonces, que se ausentaba con frecuencia. Y tuve la sensación de que a pesar de que cuando no estaba, ella parecía más tranquila, mi madre —¡imposible, imposible!— mentía un poco al asegurarme que él estaba trabajando en tal o cual ciudad del interior, trabajando para traer muchas monedas de oro a la casa que —y esto sea dicho sin afán de crítica— bien las necesitaba, por lo que yo podía entender. Yo preguntaba entonces que cuándo iba a ser eso, y ella callaba, o hablaba de otra cosa, o me mandaba estudiar, o me regañaba (con la evidente intención de desviar el curso de mis pensamientos) por algo que yo había hecho —o deshecho— mucho tiempo atrás.

Estoy seguro de que no debería decir esto: ciertamente mi padre era un pícaro, lo que se llama un verdadero pícaro. Sentía el orgullo de serlo y gozaba tratando de aumentar su mala fama, que por lo demás nadie le regateaba ya entre el vecindario.

Creo que ningún otro niño (excepto mi hijo) ha tenido un padre como el mío. ¿Se podría, acaso, llamar padre lo que yo tuve?

Él mismo, durante mucho tiempo, trató de que la idea de que yo era su hijo no se afirmara en mi cabeza. Aún puedo ver, sentir con claridad, esta escena repetida muchas veces en la misma forma: llegaba por las noches cuando ya todo el mundo dormía en la vieja casa de vecindad, completamente borracho, llenando toda la habitación, con su respirar fuerte y fatigado, de un abominable olor a vino devuelto. Cierro los ojos y puedo verlo caminar haciendo el menor ruido posible, como un fantasma, con el dedo índice puesto sobre los labios para indicar silencio, mientras se tambaleaba de un lado para otro sin perder jamás por completo el equilibrio.

Un extraño que lo viera entonces pensaría que se trataba de un borracho hasta cierto punto considerado y, sobre todo, respetuoso del sueño ajeno. Pero su silencio y sus ademanes no respondían por desgracia a cualidades tan recomendables en un bebedor. Encerraban más bien un sentido diabólico. No tenían más objeto que el de sorprender la presencia de un amante ilusorio en el cuarto de mi madre.

Era su obsesión por aquel tiempo. Más tarde he comprobado que no era ésta la única. En cierta ocasión (entre muchas), algún tiempo antes, había abandonado por completo nuestra casa seguro de que todos nosotros —mi madre, yo, el perro— tramábamos asesinarlo mientras estuviera dormido. Aunque después he pensado que mi madre debió haberlo hecho, tal sospecha era absurda e infundada, pues ella lo amaba.

Cuando terminaba por convencerse (él lo creía así) de que había sido burlado una vez más y de que el amante era más astuto o menos trasnochador que él, se llegaba hasta el catre en que yo dormía y me tomaba en sus brazos sacudiéndome con furia, haciéndome daño con su aliento y con sus suaves manos de holgazán. Yo prorrumpía entonces en interminables chillidos capaces de despertar a la ciudad entera. Pero él no quedaba contento hasta que me golpeaba a su gusto durante largo rato, gritando: «¡No eres hijo mío, no eres hijo mío!», como si quisiera convencer a los vecinos y convencerme a mí, un niño de seis años, de que era hijo no de una madre como todos los niños, sino de una (la palabra la aprendí más tarde) de una puta.

Mamá terminaba siempre por ir en mi rescate apartándome de aquella voz y de aquel aliento alcohólico, lo que yo le agradecía desde el fondo de mi corazón. Me quedaba entonces con el cuerpo recogido, temblando de frío y sin poder dormir, nervioso, asustado, viendo extrañas cosas en la oscuridad hasta mucho tiempo después. Por lo general sollozaba largamente —a ratos ya sin ganas— para que mi madre me tuviera lástima, para que me compadeciera y para hacer que ella llorara, también, un poquito.

Por lo reiterado de aquellas situaciones llegué a pensar que en efecto mi padre no era mi padre. Sólo se me hacía difícil comprender cómo, no siendo yo su hijo, me pegaba en aquella forma sin que nunca se le hubiera ocurrido hacer lo mismo, ni una sola vez, con los otros chicos de la vecindad, que sin duda alguna tampoco lo eran.

A no ser a aquella hora, casi nunca lo veía. Acostumbraba levantarse muy tarde, cuando yo ya estaba en la escuela cayéndome de sueño y sin comprender las operaciones de aritmética que el maestro, sin duda seguro también de que nosotros no éramos hijos suyos, trataba de meternos en la cabeza a fuerza de golpes y coscorrones. Hoy me maravillo de haber aguantado tanto y de poder repetir, aunque con titubeos y con cierto temblor que no puedo dominar, las tablas de multiplicación.

Llego con los brazos cargados de paquetes. Arrojo algunos sobre la cama que parece una gran mesa de comedor cubierta con un extenso y liso mantel blanco de crochet. Hay sobre ella unos platos. Unos grandes platos llenos de fruta. Pero pronto descubro que no son platos sino enormes floreros con (extrañas) rosas verdes, bordadas con hilo de seda brillante.

Me quito el sombrero, lo tiro, y va a caer justamente en la cabeza del perro, que se lo sacude gruñendo. (Me fijo en los ojos del perro, tienen un raro fulgor.) Después, como quien se prepara a dar una sorpresa y con los ojos llenos de malicia, miro a mi esposa y a mi hijo (quien se me parece extraordinariamente) y me pongo a extraer como a escondidas, de un bolsillo interior de mi saco, algo que con gran lentitud —con gran lentitud— va adquiriendo la forma de un velocípedo. Mi hijo —yo— siempre ha querido uno, ¿por qué no se lo he de dar ahora que traigo dinero en abundancia? Sólo que debe de existir un error, pues en lugar de las tres ruedas necesarias, oportunas, clásicas, van saliendo muchas en número infinito, una tras otra, hasta inundar la habitación y convertirse en algo molesto, insoportable. Pienso: un error de construcción. Un poco avergonzado, sonrío y vuelvo a meter todo en la misma forma que antes, sólo que al revés, en el bolsillo de mi saco. Las ruedas van desapareciendo con metálico retintín dorado, pero las últimas —que fueron las primeras— entran con suma dificultad oprimiéndome el corazón, haciéndome respirar trabajosamente, casi ahogándome, asfixiándome como un bocado de carne demasiado grande que se queda en la garganta. Siento cómo brotan unas gotitas de sudor en mi frente. Tengo que terminar pronto. Un rato más y caería desmayado echando a perder la alegría de mi esposa y de mi hijo. Me obsesiona el pensamiento de que si muero nadie sabrá desentrañar el mecanismo del velocípedo, explicado

solamente en un pedazo de papel —o papiro— que el vendedor del aparato masticó y tragó, ruidosamente, para que nadie pudiera divulgar el secreto de su construcción.

Para sobrevivir tengo que volver a sacar las ruedas, pero el mecanismo tiene otra falla y ahora se resisten tanto a salir como a volver a su primitivo sitio. Inspirado —inspirado— decido quitarme el saco y arrojarlo lejos de mí —o cerca, lo mismo da—. No lo puedo hacer porque las mangas están sujetas a mi espalda con fuertes cintas blancas. No me gusta la camisa de fuerza. Es un aparato infernal. Me arrojo al suelo. No es la solución. Agito con furia los pies. Siento frío. Los dejo quietos. Cuando ya no puedo más, cuando ya no puedo menos, empapado de sudor, lloro y grito con todas mis fuerzas. Mi esposa y mi hijo me contemplan con enormes ojos azorados. Viene mi esposa —mi madre—; me pasa la mano por la frente, me limpia el sudor con suavidad, me da un poco de agua —muy poca— y me explica que aquello se llama una pesadilla.

En los últimos tiempos ya no me trataba tan mal, ni me insultaba. Sólo de vez en cuando me daba un puntapié sin mucha fuerza, cuando tenía la ocasión de hacerlo.

Mi madre y yo tardamos algunas semanas en darnos cuenta de que una nueva idea fija se había apoderado de su pensamiento. Ya no buscaba amantes debajo de las camas, ni olía los alimentos para comprobar que no habían sido previamente envenenados, como si con olerlos hubiera podido descubrirlo; ni tiraba los platos al suelo vociferando que no habían sido bien lavados y que se le trataba peor que a un extraño. Había encontrado una nueva víctima: los perros.

En efecto, de un día para otro fue apoderándose de mi alma un profundo desprecio por estos animales. Llegué a aborrecerlos como a ninguna otra cosa en el mundo.

Todas las pasiones que pude haber alimentado fueron formando en mí como un sedimento espeso y compacto para dejar en la superficie, en la primera capa de lo cotidiano, aquel asco, esta repulsión hacia animales tan serviles y bajos, cuyos ojos lacrimosos y mansos y cuyas lenguas exudantes están siempre prontos a lamer con gusto la planta que los hiere.

Mi primera víctima (y cuántas más no han caído ya) fue nuestro propio perro, cuyo nombre, demasiado denigrante, demasiado perruno^[2], no quiero declarar aquí. Ahora que lo pienso bien, creo que su nombre tuvo parte principalísima en el desenlace. Quizá si se hubiera llamado de otro modo yo no habría reparado en él. El nombre de un perro es tan importante como el

perro mismo. Un hombre, una mujer, pueden, si les da la gana, y por motivos a cual más extraño y pintoresco, buscarse otro apelativo. Esto es cuestión de gustos y con tres publicaciones del Registro Civil en los diarios de menor circulación queda todo arreglado. Pero un perro tiene que sufrir su nombre de por vida, a menos que tome la decisión de lanzarse a la calle y convertirse en un perro vagabundo, huesoso, innominado; mas ésta es una vida dura y triste, y es evidente que son pocos los que se resignan a que los echen de los restaurantes y de los mingitorios de las cantinas con el genérico de «¡perro!», «¡perro!», cuando no con un mal golpe en el vientre. Recordaba yo que el viejo filósofo lo escogió como lo más bajo y despreciable que pudiera darse: can. Y me complacía en admirarlo por haberse dado a imitarlos para que los hombres lo despreciaran tanto como él despreciaba a los hombres. Llegué a leer en un libro: «Estando en una cena, hubo algunos que le arrojaron los huesos como a perro, y él acercándose a los tales, se les meó encima, como hacen los perros». Odié también al viejo cínico, ¡tan cándido!

A veces tiene uno que decir cosas monstruosas. Esto que voy a decir es un poco monstruoso: creo que mi padre sentía celos del animal. Asociando algunas ideas he llegado a esta conclusión y no puedo explicarme la muerte de Diógenes de otro modo.

En todo caso, el perro tuvo una buena parte de culpa. ¿Quién les manda a los perros poseer esa mirada tan húmeda, tan tierna, tan amorosa, en fin? ¿Y quién le ordenaba al nuestro esconderse debajo de la cama en cuanto mi padre aparecía? ¿No fuera más conveniente salir a su encuentro (aun a riesgo de recibir una patada) en vez de provocarlo con su inútil huida? No. Hacía siempre lo menos indicado, lo más estúpido. En ocasiones se ponía a chillar antes de que mi padre le pegara. No duró mucho. Mi padre no pudo soportarlo.

Un día mi padre nos sorprendió a los tres.

Era una tarde calurosa. Yo repasaba con ahínco algunas tablas de multiplicar. Mi madre hacía su infinito trabajo de crochet. No puedo evocarla sin asociar su memoria con aquella aguja plateada y con el ovillo de hilo blanco tirado en el suelo, sobre un periódico. No me explico de qué modo salía de los otros deberes domésticos, ya que me es imposible recordarla de otra manera que tejiendo o planchando sus tejidos. Mantenía las habitaciones inundadas de tapetes, lo que en vez de embellecerlas (como sin duda era su propósito) les daba un aspecto pueblerino de mal gusto.

Sus planchas, negras, de hierro colado, se encontraban en los lugares más inesperados y absurdos. Su labor era también una obsesión, supongo. Cuando

no trabajaba en ella movía los dedos febrilmente como si lo estuviera haciendo, sin darse cuenta, tal como si no quisiera perder por ningún motivo el ritmo comenzado quién sabe cuántos años atrás. Si yo no me hubiera acostumbrado a ver la bola de hilo en el pavimento hubiera podido creer sin dificultad que ella misma lo producía, como las arañas.

El perro se había tirado en un rincón sudando copiosamente por la lengua y la nariz.

El ladrillo en que apoyaba la cabeza se llenaba de vapor a cada golpe de sus pulmones. Sobre este vapor me gustaba escribir con el dedo las iniciales de mi nombre, pero mi madre no siempre me permitía hacerlo: «Eres un niño muy sucio».

Digo que nos sorprendió a los tres. Lo que menos esperábamos era su llegada y la forma en que lo hizo. Llegó temprano y de muy buen humor. Sobrio. Limpio. Sonriente. La alegría se comunica con facilidad. Nos comunicó a todos su alegría. Daba gusto tener un padre así y por momentos me olvidé de sus golpes.

Se quitó el sombrero y lo lanzó con mucha gracia (así me pareció) hasta el gancho fijo que estaba en el otro extremo de la habitación.

Después se acercó a mi madre y la acarició pasándole la mano, lenta y suavemente, por el cabello. Inclinandose para besarla le dijo algunas palabras que no alcancé a oír o que no recuerdo, pero que siento no recordar porque estoy seguro de que eran dulces y bondadosas.

Cuando llegó mi turno vino hasta mí, me dio dos palmadas en el hombro y pronunció con una sonrisa:

—¿Qué tal?

Yo bajé la vista sintiendo un poco de fuego en las mejillas:

—Bien, papá.

Después se sentó. Parecía un poco avergonzado. Hacía varios meses (o años) que no lo veíamos. Se notaba que quería hablar, seguir diciendo cosas agradables; pero se estuvo quedo, con los ojos bien semicerrados o bien perdidos en las vigas (un poco sucias de humo se me ocurrió) que sostenían el techo.

Mi madre ofreció o simplemente dijo algo. Sólo se levantó para cerrar la ventana pues empezaba a oscurecer y un poco de viento frío había irrumpido en la habitación. Después de esto volvió a su trabajo, en silencio.

Todos oímos con claridad cuando el perro empezó a gruñir como acostumbran cuando sienten una calma pesada. Estaba en una esquina, echado

al estilo de los lagartos, las cuatro patas estiradas y la panza pegada al piso, como si el calor aún fuera excesivo.

Cuando lo oí moví los ojos lentamente en dirección a mi padre. Sonreía. Mi madre también lo observaba; cuando lo vio sonreír, sonrió. Cuando yo la vi sonreír, sonreí. Entonces coincidimos todos en volver a ver al animal, que también sonrió a su modo. Que alivio sentí al oír que mi padre rompía de nuevo el silencio haciendo sonar sus dedos con la evidente intención de que Diógenes se le acercara.

A su llamado el perro comenzó a moverse con lentitud, arrastrándose, empujándose con las patas traseras. Nunca esperó que lo llegara a tratar con tanto cariño. Imagino que hasta él mismo se daba cuenta de que mi padre no estaba borracho como siempre, de que aquél era un día distinto.

Mientras tanto, mi padre, sin duda para que perdiera por completo el miedo, seguía llamándolo con silbidos y diminutivos cariñosos: «perrito», «perrito».

Ese día tuve una vaga idea de lo que era la felicidad. Veía a mi madre contenta. Contemplaba a mi padre limpio y contento. Notaba el contento en los ojos del perro. Cuando éste recorrió toda la distancia que lo separaba de mi padre se veía feliz. Movía la cola con fuerza extraordinaria y emitía de vez en cuando uno que otro gruñido. Por un momento —quizá exagerando su papel— se dio vuelta y quedó con las patas para arriba, como queriendo demostrar todo su gozo; pero pronto volvió a su posición normal, tal vez un poco avergonzado. Mi padre lo acarició con un pie.

¿No tuvo él una parte de culpa, sin que esto sea estar, Dios sabe bien que no, en su contra? Hoy está muerto y yo debería respetar su memoria, pero ¿cómo conociendo a mi padre hizo lo que hizo? No lo afirmo, mas es posible que su único deseo haya sido el de compartir su alegría. El caso es que en cierto momento volvió su cabeza hacia mí. Cuando se cansó de mirarme, o cuando yo dejé de hacerle caso, volvió sus ojos estúpidos hacia mi madre y se estuvo así un rato, con la lengua colgando, en espera de alguna palabra.

Entonces fue cuando la expresión de mi padre cambió. Alargó con mucha calma su brazo derecho hacia la mesa que estaba a su lado, tomó una de las planchas de mi madre y la dejó caer como un rayo sobre la cabeza del animal. Este no tuvo la más pequeña oportunidad de defensa. Ni siquiera se movió del lugar en que estaba. Tampoco lo hizo mi madre. Ni yo. No era necesario.

Bueno, ya pueden imaginar esos minutos. Cuando la cola dejó de moverse, cuando mi padre se convenció de que estaba bien muerto, se levantó

sencillamente, tomó su sombrero y se fue. Desde entonces no lo hemos vuelto a ver.

Tal vez, en realidad, mi marido no era tan malvado. Me inclino más bien a pensar que estaba un tanto enfermo, aunque fuera un poco, como él mismo diría. Su internamiento en un sanatorio, en el que después de infatigable búsqueda lo encontré, es una pequeña de las innumerables pruebas en que me fundo para afirmarlo.

Hoy es como un niño obstinado en la creencia de que su padre lo tortura a causa de algún imaginario delito cometido por su madre antes de que él naciera. Cuando esta idea desaparezca de su mente, sanará.

Yo, por mi parte, digo esto: uno no está libre nunca de la calumnia. Y ésta puede venir de donde menos se sospecha, hasta de los propios hijos. Espero que nadie dé crédito (porque hay personas dispuestas a creer cualquier cosa, hasta la más visible mentira) a toda esta insensata patraña, urdida con la pérfida intención de perjudicarme. Es fácil notar —y sería un insulto dudar de que todos lo advirtieron— que mi hijo empieza a mentir desde el principio, cuando se describe a sí mismo, a sabiendas de que miente, como víctima de una «imperceptible y poco molesta deformación craneana». La verdad es que su cabeza es monstruosa. Yo no tengo la culpa. Nació así. Ya desde el primer momento nos dimos cuenta, cuando su alumbramiento fue tan difícil.

Es inocentemente falso que asistiera a la escuela: aprendió a leer y a escribir en casa.

Soy agente viajero. Esto lo puede abonar la firma Rosenbaum & Co., de quienes estoy en capacidad de mostrar hermosas cartas que, sin que yo lo merezca, me favorecen.

Mi esposa murió hace mucho tiempo. Mi hijo no la conoció. Se crió en brazos de mi madre.

Y en cuanto a perros se refiere, estoy seguro, puedo certificarlo, de que nunca, excepción hecha de Diógenes, he matado a ningún otro. Tuve que hacerlo. Ningún perro está libre de la rabia. ¿Por qué él iba a ser una excepción? En cualquier momento podía atacarlo esta enfermedad que, como todos saben, se multiplica en progresión geométrica, con tal eficacia que en poco tiempo termina con poblaciones enteras.

Si esta inmoderada dolencia lo hubiera atacado algún día, no puedo ni siquiera pensar qué habría sido de todos nosotros. Las consecuencias serían incalculables.

El dinosaurio

Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí.

Leopoldo (sus trabajos)

Ufanamente, casi con orgullo, Leopoldo Ralón empujó la puerta giratoria y efectuó por enésima vez su triunfal entrada en la biblioteca. Recorrió las mesas, con un amplio y cansado vistazo, en busca de un lugar cómodo y tranquilo; saludó a dos o tres conocidos con su resignado gesto habitual de «pues bien, aquí me tienen de nuevo en la tarea», y avanzó sin prisa, seguro de sí mismo, abriéndose paso por medio de repetidos «con permiso, con permiso», que sus labios no pronunciaban, pero que eran fáciles de adivinar en su expresión amable y conciliadora. Tuvo la fortuna de encontrar su lugar preferido. Le gustaba sentarse frente a la puerta de calle, lo que le ofrecía la oportunidad de hacer un descanso en sus fatigosas investigaciones cada vez que entraba una persona. Cuando ésta era del género femenino, Leopoldo dejaba momentáneamente el libro y se dedicaba a observarla con su penetración de costumbre, con esa mirada llena del brillo que da la inteligencia alerta. A Leopoldo le gustaban los cuerpos bien formados; pero no era éste el principal motivo de su observación. Lo movían razones literarias. Está bien leer mucho, estudiar con ahínco, se decía con frecuencia: pero observar a las personas le sirve más a un escritor que la lectura de los mejores libros. El autor que se olvide de esto está perdido. La cantina, la calle, las oficinas públicas, rebosan de estímulos literarios. Se podría por ejemplo, escribir un cuento sobre la forma que tienen algunas personas de llegar a una biblioteca, o sobre su modo de pedir un libro, o sobre la manera de sentarse de algunas mujeres. Estaba convencido de que podía escribirse un cuento sobre cualquier cosa. Había descubierto (y tomado certeras notas sobre ello) que los mejores cuentos, y aun las mejores novelas, están basados en hechos triviales, en acontecimientos cotidianos y sin importancia aparente. El estilo, cierta gracia para hacer resaltar los detalles, lo era todo. La obra superaba a la materia. No cabía duda, el mejor escritor era el que de un asunto baladí hacía una obra maestra, un objeto de arte perdurable. «El escritor — dijo una tarde en el café— que más se parece a Dios, el más grande creador, es don Juan Valera: no dice absolutamente nada. De esa nada ha creado una

docena de libros.» Lo había dicho por casualidad, casi sin sentirlo. Pero esta frase hizo reír a sus amigos y confirmó con ella su fama de ingenioso. Por su parte, Leopoldo tomó nota de aquellas memorables palabras y esperó la oportunidad para usarlas en un cuento.

Dejó sus papeles sobre la mesa. Una vez asegurado de que nadie se atrevería a usurpar sus derechos, se levantó y dirigió sus pasos hacia la bibliotecaria. Tomó una boleta. Extrajo con elegancia del bolsillo su fiel estilográfica y con su mejor letra, con lentitud cuidadosa, escribió: E-42-326. Katz, David. *Animales y hombres*. Leopoldo Ralón. Estudiante. 32 años.

Desde hacía ocho se venía quitando dos. Desde hacía ocho ya no era estudiante.

Poco después Leopoldo estaba otra vez sentado, con el libro abierto por el índice, en busca del capítulo relativo a los perros. Varias hojas de papel blanco y su estilográfica esperaban impacientes sobre la mesa el momento de registrar cualquier dato de interés.

Leopoldo era un escritor minucioso, implacable consigo mismo. A partir de los diecisiete años había concedido todo su tiempo a las letras. Durante todo el día su pensamiento estaba fijo en la literatura. Su mente trabajaba con intensidad y nunca se dejó vencer por el sueño antes de las diez y media, Leopoldo adolecía, sin embargo, de un defecto: no le gustaba escribir. Leía, tomaba notas, observaba, asistía a ciclos de conferencias, criticaba acerbamente el deplorable castellano que se usa en los periódicos, resolvía arduos crucigramas como ejercicio (o como descanso) mental; sólo tenía amigos escritores, pensaba, hablaba, comía y dormía como escritor; pero era presa de un profundo terror cuando se trataba de tomar la pluma. A pesar de que su más firme ilusión consistía en llegar a ser un escritor famoso, fue postergando el momento de lograrlo con las excusas clásicas, a saber: primero hay que vivir, antes se necesita haberlo leído todo, Cervantes escribió el *Quijote* a una edad avanzada, sin experiencias no hay artista, y otras por el estilo. Hasta los diecisiete años no había pensado en ser un creador. Su vocación le vino más bien de fuera. Lo obligaron las circunstancias. Leopoldo rememoró cómo había sido la cosa y pensó que hasta podía escribirse un cuento. Por unos instantes distrajo su atención del libro de Katz.

Vivía entonces en una pensión. Era estudiante de secundaria y estaba enamorado del cine y de la hija de su patrona. Al esposo de ésta le decían «el licenciado» porque en un tiempo estudió durante seis meses en la Facultad de Leyes. Esta razón, ya poderosa, unida al hecho de que los demás pensionistas eran un médico, un ingeniero, un estudiante de leyes y un caballero que leía a

todas horas las poesías de Juan de Dios Peza, determinaron que Leopoldo se sintiera desde el principio en una atmósfera particularmente intelectual.

Aquí Leopoldo no pudo evitar una sonrisa. Pensaba en un cuento sobre su primer impulso de convertirse en escritor (que intentaría por segunda vez); pero el recuerdo del médico desvió sus pensamientos. Sin duda, era otro buen tema.

«R. F., el médico, había terminado sus estudios desde hacía nueve años; pero siguió de pensionista, seguramente porque al verse convertido en profesional consideró que eran tantos en el edificio y con tantas probabilidades de enfermar, que salir en busca de clientela a la calle hubiera sido una tontería palpable. De manera que a pesar de la amistad que decía profesar a todos no prestaba nunca un servicio gratuito. Así que manifestar falta de apetito y encontrarse purgado jamás estaban separados; quejarse de fatiga y tener su oreja en los pulmones eran como hermanos; demostrar cansancio y estar inyectado por él venían a ser la misma cosa. Y lo bueno era que no quejarse no servía de nada pues tenía por lema que la salud completa no existe y que sentirse enteramente sano es peor que una enfermedad conocida y, por lo tanto, controlable; y en fin, que de los confiados estaba lleno el cementerio.»

Leopoldo tomó algunas notas y escribió en su libreta: «Consultar si un cuento sobre un médico así no ha sido escrito. En caso negativo reflexionar alrededor del tema y trabajarlo desde mañana mismo».

Podía comenzar ridiculizando el odio que el médico profesaba a la cirugía, y luego entrar de lleno con el momento en que su patrona declaró que tenía apendicitis y que debía operarse, y con la explosión de ira del doctor al oír esto. Nueva nota de Leopoldo: «Ocho días estuvo sin dirigirle la palabra, después de anunciar que se marcharía de la casa si ella llevaba a cabo semejante estupidez». Una nota más: «Tratar con ironía el hecho de que cuando la señora, a pesar de todo, fue operada, él no cumplió su amenaza sino que, por el contrario, cuando ella regresó trató de convencerla de que la herida no tardaría en abrirse de nuevo, lo que hacía indispensable su presencia, porque nunca se puede saber... Aquí un poco de diálogo:

»—No, señora, entiéndalo. La herida es peor que la enfermedad. La forma más certera de matar a una persona es la que consiste en inferirle una herida en el vientre. Eso lo comprende hasta un niño.

»—Pero si ya me siento bien. Si nunca he estado mejor que ahora.

»—Señora, puede usted pensar lo que desee; pero mi deber es cuidarla, evitar un desenlace fatal.»

Tranquilo ante la perspectiva de desarrollar esta maravilla, Leopoldo abrió el libro de Katz y buscó, sin impaciencia, el capítulo referente a los instintos de los perros. Antes, movido por el inconsciente deseo de no enfrentarse con su problema del momento, se detuvo en las páginas alusivas al picoteo de las gallinas. Era curioso. Esta picoteaba a la otra, la otra a aquélla, aquélla a la de más allá, en una sucesión que sólo terminaba con el cansancio o el aburrimiento. Leopoldo, triste, relacionó este aflictivo hecho con la cadena de picoteos irrecíprocos que se observa en la sociedad humana. De inmediato vislumbró las posibilidades que una observación de esta naturaleza prestaba para escribir un cuento satírico. Tomó notas. El presidente de una negociación cualquiera hace venir al gerente y le reprocha su lenidad, al mismo tiempo que señala con cólera una gráfica en descenso.

«—Usted comprende mejor que yo que si las cosas siguen así, el negocio se vendrá abajo. En tal caso, me veré obligado a sugerir en la próxima junta de accionistas la conveniencia de buscar un gerente más apto.

»El gerente, aturdido por el picotazo, quiere decir algo, pero su jefe está dictando ya y la taquigrafía recogiendo sus palabras: “La prosperidad que se ha observado en nuestra negociación durante los últimos tres meses me obliga a pensar que la amenaza de usted de separarse nace, más bien que de un natural temor de su parte, de un inadecuado punto de vista. El hecho de que las ventas hayan bajado en los últimos días obedece a un simple fenómeno observado ya por Adam Smith, fenómeno que consiste en la variabilidad de la oferta y la demanda. Cuando el mercado se satura...”

»El gerente llama entonces al jefe de ventas:

«—Usted debe comprender mejor que yo que si las cosas siguen, etc., me veré obligado, etc., la conveniencia, etc.

»El picotazo hace reaccionar al jefe en dirección de la gallina vendedora principal:

«—Si en la próxima semana no suben las ventas en un veinte por ciento, mucho me temo que usted, etc.

»Con unas plumas menos, la vendedora principal picotea a su más cercana subordinada, quien picoteará a su novio, quien picoteará a su madre, quien...»

En efecto, concluyó Leopoldo, podría escribirse un buen cuento con este movido asunto. La psicología comparada era algo que todo escritor debía conocer. Tomó nota de que necesitaba tomar algunas notas y escribió en su cartera: CUENTO DE LOS PICOTAZOS. Visitar dos o tres grandes almacenes. Observar. Tomar notas. De ser posible, hablar con un gerente. Penetrar su psicología y compararla con la de una gallina.

Todavía, antes de llegar al capítulo de los perros, Leopoldo miró detenidamente a una muchacha que entraba. Ahora sí. Ahí estaba el capítulo. Trasladaría desde luego a su libreta cualquier dato utilizable. Sus ojos cansados, circuidos por profundas ojeras azules que le daban un notorio aspecto intelectual, recorrieron metódicamente las páginas. De vez en cuando se detenía, con una sagaz expresión de triunfo, para escribir algunas palabras. Entonces se oía el rasgar de la pluma en toda la sala. Su mano, cuidadosa, cubierta de fino vello revelador de un carácter fuerte y tenaz, trazaba los signos con firmeza y decisión. Evidentemente, Leopoldo gozaba prolongando este placer.

Estaba escribiendo un cuento sobre un perro desde hacía más o menos siete años. Escritor concienzudo, su deseo de perfección lo había llevado a agotar, casi, la literatura existente sobre estos animales. En realidad, el argumento era muy sencillo, muy de su gusto. Un pequeño perro de la ciudad se veía de repente trasladado al campo. Allí, por una serie de sucesos que Leopoldo tenía ya bien claros en la cabeza, la pobre bestia citadina se encontraba en la desdichada necesidad de enfrentarse en lucha a muerte con un puercoespín. Decidir quién resultaba vencedor en la pelea fue algo que a Leopoldo le costó muchas noches de implacable insomnio, pues su obra corría el riesgo de ser tomada simbólicamente por más de un lector desprevenido. Si eso llegaba a suceder, su responsabilidad de escritor se volvía inconmensurable. Si el perro salía victorioso podía interpretarse como la demostración de que la vida en las ciudades no menoscaba el valor, la fuerza, el deseo de lucha, ni la acometividad de los seres vivientes ante el peligro. Si, por el contrario, era el puercoespín el que llevaba la mejor parte, era fácil pensar (festinada, equivocadamente) que su cuento encerraba en el fondo una amarga crítica a la Civilización y el Progreso. Y entonces, ¿en qué quedaba la Ciencia? ¿En qué los ferrocarriles, el teatro, los museos, los libros y el estudio? En el primer caso, podía dar lugar a que se pensara que él estaba abogando por una vida supercivilizada, alejada de todo contacto con la Madre Tierra, sin el cual, el triunfo del perro lo decía a gritos, era factible pasarse. Una resolución inmeditada lo comprometería en ese sentido. Y, sin embargo, Dios lo sabía bien, nada más lejos de su pensamiento. Ya veía las despiadadas críticas en los periódicos: «Leopoldo Ralón, el *supercivilizado*, ha escrito un atentatorio cuento en el cual, con una afectación y una pedantería sin límites, se permite etc.». Por otro lado, si el puercoespín daba cuenta del perro, no pocos supondrían que estaba sosteniendo que un animal salvaje e hirsuto era capaz de echar por tierra los X años de esfuerzo humano por una vida más

confortable, más fácil, más culta, más espiritual, en fin. Durante meses este dilema absorbió todo su tiempo. A través de noches enteras Leopoldo dio infinitas vueltas en su cama de insomne, en busca de la luz. Sus amigos lo vieron preocupado y más ojeroso y pálido que nunca. Los más allegados le aconsejaron que viera un médico, que se tomara un descanso; pero como en otras ocasiones (el cuento del avión interplanetario, el cuento de la señora que bajo un farol, en medio de un frío inclemente, tenía que ganar el pan de sus desventurados hijos) Leopoldo los tranquilizó con su peculiar aire abatido: «Estoy escribiendo un cuento; no es nada». Ellos, es verdad, se hubieran alegrado mucho de ver uno de esos cuentos terminado; pero Leopoldo no los mostraba; Leopoldo era en extremo modesto. A Leopoldo no le preocupaba la gloria. Un día vio su nombre en el periódico: «El escritor Leopoldo Ralón publicará en breve un libro de cuentos». Solamente estas palabras, en medio del aciago anuncio de que un artista de cine se había roto un pie y de que una bailarina tenía catarro. Pero ni aun este claro reconocimiento a su genio envaneció a Leopoldo. Desdeñaba tanto la gloria que, generalmente, ni siquiera terminaba sus obras. Había veces, incluso, en que ni se tomaba el trabajo de comenzarlas. Y luego, no era cuestión de apresurarse. Había oído, o leído, que Joyce y Proust corregían mucho. Por eso en todas sus creaciones acostumbraba dejar un detalle suelto, algún matiz pendiente. Uno no sabía nunca el momento de acertar. El talento tenía ciclos de esplendor cada siete años. ¡Cuántas veces era necesario que pasaran semanas y meses antes de que la palabra justa viniera a colocarse como por ella misma en el sitio preciso, en el lugar único e insustituible!

Aun cuando Leopoldo podía haberse resuelto por la muerte del perro (después de todo, también tenía poderosas razones para ello) optó, al fin, por su triunfo. Viéndolo bien, si él mismo escribía sus obras con una estilográfica que no derramaba la tinta en los aviones; si con sólo dar unas cuantas vueltas en un disco podía comunicarse a través de tres mil millas de montañas y valles con un amigo querido; si a una simple orden suya la obra de alguien que había escrito en tablillas de cera dos mil años antes podía estar en sus manos, y todo eso le parecía perfecto, hubo un momento en que le resultó clarísimo que el perro tenía que triunfar. «Sí, querido y bondadoso animal — pensó Leopoldo—, es ineludible que triunfes. Yo te aseguro que triunfarás.» Y el perro estaba a punto de triunfar. En cuanto Leopoldo terminara de leer el libro de Katz, el perro, definitivamente, triunfaría.

No obstante, cuando Leopoldo llegó a esta intrépida determinación se vio asaltado por una dificultad inesperada: no había visto nunca un puercoespín.

Entonces se dijo que tenía que buscar algo sobre los puercoespines. Creía forzoso que fuera un puercoespín el rival de su perro. Era más sugerente. El detalle de que este singular animal estuviera armado de púas lo sedujo desde el primer momento. El puercoespín disparando sus dardos le daría oportunidad de referirse, como de pasada, a las sociedades de hombres, felizmente ya casi extinguidas, que durante milenios usaron las flechas para hacerse la guerra. Sin contar con que, desplegando cierta habilidad, podía encontrar la manera de hacer una velada alusión a aquella magnífica respuesta de (¿quién había sido?, consultarlo), a aquella arrogante respuesta de X ante la amenaza del enemigo de cubrir el sol con sus flechas: «Mejor; peharemos a la sombra». Se le hacía evidente, además, que si el rival del perro era un león (aun cuando este animal fuese más rico en alusiones histórico-literarias), la victoria del primero resultaba ligeramente más problemática. Es cierto que había visto un león en el zoológico; pero un león, en definitiva, no servía. Las serpientes podrían ser útiles, pero se prestaban a demasiadas reminiscencias teológicas que era forzoso eludir en un cuento como el que se proponía hacer. Bastante tenía ya con el problema ciudad-campo. Y ni pensar en una araña o en cualquier otro bicho venenoso. La desleal competencia en este caso haría decaer el interés del lector. Estaba demostrado que tenía que ser un puercoespín. En el puercoespín las probabilidades de derrota, sin contar con lo de «peharemos a la sombra», eran más numerosas y factibles.

Leopoldo sufrió una desilusión al enterarse en el libro de que los perros eran menos inteligentes de lo que la generalidad de las personas se imagina. Es verdad que el desarrollo de sus instintos era asombroso, casi tan sorprendente como el de los caballos, que son capaces, con un poco de práctica, de resolver problemas matemáticos. Pero de inteligencia, señores, lo que se llama inteligencia, nada, absolutamente nada. De modo que tenía que hacer triunfar a su héroe conforme a lo que la ciencia decía, y no de acuerdo con sus proyectos y en la forma que él hubiera querido. Pensó con tristeza que el pobre animal acosado era capaz de morder el pescuezo de un jabalí, pero nunca, ni remotamente, de levantar una piedra del suelo y tirársela a su enemigo a la cabeza (tomó una nota). Y sin embargo, su manera de purgarse cuando se sienten enfermos ¿no comportaba un acto inteligente? ¿Cuántos de sus conocidos eran capaces de una actitud así? Recordó al ingeniero. Podía escribirse un cuento. Toda su adolescencia, si bien se veía, estaba llena de excelentes temas para cuentos.

En la mesa, al lado del médico, se sentaba el ingeniero. A diferencia del «licenciado», no hablaba casi nunca. Su modo de ser, silencioso, no exento de

misterio, podía aprovecharse hasta para una buena novela. El relato podía iniciarse así, con la mayor naturalidad:

«Un mediodía caluroso, cuando empezábamos a comer, vimos por vez primera al ingeniero. Al verlo, ¿quién hubiera pensado que se albergaba en él un criminal? Recuerdo que la cosa principió cuando el médico, con su solicitud de costumbre, reveló al ingeniero que el color de sus ojos lo intranquilizaba un poco:

»—No quisiera alarmarlo, cuando apenas si hace dos días que usted nos honra con su presencia en esta casa. De ninguna manera. Pero sería después un grave cargo de conciencia para mí, como amigo y como profesional, no haberle advertido a tiempo del mal que adivino en sus cansados ojos; permítame decirle, señor, que su hígado no marcha bien.»

Y dejar el diálogo para relatar con minuciosidad las diferentes etapas del odio que fue creándose entre los dos. Que el ingeniero jamás se dejó intimidar ni recetar nada, y que esto no podía perdonárselo el doctor. Que si el ingeniero se enfermaba hacía como los perros: dejaba de comer. Que cuando más, iba él mismo a la farmacia, pedía un purgante y se lo tomaba sin decir nada a ninguno y sin que nadie se diera cuenta, salvo por sus frecuentes y silenciosos paseos nocturnos por los corredores. ¡Qué bárbaro, qué buen cuento! —se dijo Leopoldo. Y vio, como si hubiera sido ayer, el odio del médico hacia el ingeniero y cómo aquél vaticinaba, con irritante frecuencia, la próxima muerte del segundo, sin imaginar que la suya propia estaba tan cercana.

Y luego, que el ingeniero vivía metido en su cuarto, en el que proyectaba incansable (y de donde sin duda le venía la irritación ocular) un túnel subterráneo para el Canal de la Mancha y un canal subterráneo para el Istmo de Tehuantepec. Para concluir, dejar pasar un tiempo y reunirlos a todos en la sala con el pretexto de una fiesta familiar. El médico tardaría. También el ingeniero. Después, con sencillez, describir cómo habían encontrado a este último en su cuarto con un puñal ensangrentado en la mano, y contemplando fijamente (como una gallina hipnotizada, anotó) el cadáver de su enemigo tendido boca abajo sobre un espantoso charco de sangre bien roja.

Desgraciadamente, Leopoldo no podía solucionar su cuento haciendo que el perro se purgara por puro instinto, o que venciera al puercoespín a puñaladas. Su perro gozaba de una salud a toda prueba. El problema consistía en hacerlo pelear sin más armas que las propias; colocarlo en trance de lucha a muerte con un animal que vería por primera vez. Esto le produjo el abatimiento y la depresión de costumbre. A cada paso topaba con dificultades

casi imposibles de vencer, con aterradores escollos que le impedían dar cima a su relato. Había recorrido vastas bibliotecas en busca de información sobre los perros. Y ahora, cuando se consideraba bien documentado, se daba cuenta de que apenas si sabía nada acerca de los puercoespines. La de nunca acabar; hoy una duda, mañana un nuevo escrúpulo. Tenía que emprender otra vez una prolija investigación para imponerse de las costumbres del puercoespín; de sus formas de vida, de sus instintos; de si son capaces de vencer a un perro o si siempre sucumben a las dentelladas caninas; de su mayor o menor grado de inteligencia. Dudó con desagrado de si este tema, como le sucediera en otras ocasiones, no habría sido usado ya por otros cuentistas, cosa que anularía de golpe sus esfuerzos de tantos años; pero se consoló con la idea de que aun cuando ese cuento ya hubiese sido escrito, nada le impedía escribirlo otra vez, a la manera de Shakespeare o León Felipe, quienes, como todos saben, tomaban asuntos de otros autores, los rehacían, les comunicaban su aliento personal y los convertían en tragedias de primer orden. Consideró que, de todos modos, había avanzado ya demasiado para resultar ahora desistiéndose, después de tan largos años de continua labor. Hacía poco que comprobara, no sin amargura, que sus vecinos se permitían cambiar miradas de inteligencia cada vez que él anunciaba que estaba escribiendo un cuento. Ya verían ellos si no lo estaba escribiendo. ¿Y no tendrían razón?, se sonrojó. Sin sentirlo, paso a paso, se había metido en un laberinto de apariencias del cual, se daba perfecta cuenta, forzosamente tenía que salir si no quería volverse loco. Y la mejor forma de evadirse era enfrentar el problema, escribir algo, cualquier cosa que justificara sus ojeras, su palidez y sus anuncios de una obra siempre inminente y a punto de ser terminada. Imposible que después de todo resultara diciendo con tranquilidad: «Pues bien, renuncio a escribir. No soy escritor. Es más, no quiero serlo». Por otra parte, tenía un compromiso consigo mismo y ya era inaplazable que le demostrara a Leopoldo Ralón que su vocación no era equivocada, que sí era escritor, y lo que era más, que sí quería serlo. Entonces fue cuando por primera vez pensó relatar la forma en que se determinó su entrada en la república literaria. Había acudido a su diario, y leído:

Martes 12

Hoy me levanté temprano, pero no me sucedió nada.

Miércoles 13

Anoche dormí toda la noche. Cuando me levanté estaba yoviendo, así que no tengo aventuras que anotar en mi querido diario. Solamente que como a las siete hubo temblor y todos salimos a la calle corriendo, pero como también hoy estaba lloviendo, nos mojamos un poco. Ahora, querido diario, te diga hasta mañana.

Viernes 15

Ayer se me olvidó apuntar mis aventuras, pero como no tuve ninguna aventura no importa. Ojalá que mañana consiga los cincuenta centavos, pues quiero ver una película que dicen que está muy bonita y el bandido muere al final buenas noches.

Sábado 16

Hoy en la mañana salí con un libro debajo del brazo para venderlo, a ver si así conseguía los cincuenta c. Ya iba llegando cuando me encontré con don Jacinto, el señor que vive aquí, y me dio mucha vergüenza porque él lee mucho, esto sí lo voy a poner porque es una aventura, cuando me vio el libro me dijo conque le gusta la literatura. A mí me dio mucha vergüenza y le dije «sí». Entonces me siguió preguntando y yo le seguí contestando. ¿Y le gusta escribir amiguito? Yo le dije sí todo el tiempo me estoy escribiendo. Y qué escribe poesías o cuentos. Cuentos. Me gustaría ver halgunos. Pero no, son muy malos apenas estoy empesando. Déjese de cosas no sea modesto, he notado en usted mucho talento y desde hace mucho tiempo lo vengo observando como que escribe mucho. Yo le dije que un poquito. ¿Cuándo me enseña uno? Cuando termine el que estoy haciendo. Debe ser muy bonito; está un poco regular. «Hoy mismo les contaré a todos en la mesa que entre nosotros hay un gran escritor innorado, a la hora de comer les dijo a todos en la mesa que yo era un escritor innorado» y a mí me dio mucha vergüenza y dije sí. Mañana voy a empesar a escribir un cuento, es fácil sólo tengo que imaginar una cosa y escribirla. Después la voy a pasar en limpio. No pude ver la película pero Juan me la contó toda desde la mitad porque llegó tarde, me dijo que al bandido lo matan al final. Mejor voy a borrar todo lo que escribí hoy pues eso no es aventura, hoy no me pasó ninguna aventura.

Así había nacido su vocación de escritor. Desde aquel día tomaba notas todo el tiempo, urdía argumentos de cine, obras teatrales, novelas policiales y de misterio, de amor o científicas; en primera persona, en estilo indirecto, en

forma epistolar o de diario, dialogadas o sin diálogo; relatos espeluznantes encontrados dentro de una botella en una playa; o, a veces, apacibles descripciones de ciudades y de costumbres. Pero el momento de tomar la pluma iba alejándose a medida que los años transcurrían. Registraba datos y temas; observaba y pensaba con hondura en todas partes y a toda hora; pero la verdad es que a pesar de su indudable vocación no escribía casi nunca. Jamás quedaba satisfecho y no se atrevía a dar ningún trabajo por terminado. No; no había que apresurarse. Entre sus amigos su fama de escritor era indudable. Esto lo confortaba. Un día cualquiera los sorprendería a todos con la obra maestra que esperaban de él. Su esposa se había casado con él atraída, en parte, por su fama. Nunca vio nada de su marido publicado en ninguna parte; pero a ella, más que a ningún otro, le constaba cómo tenía una caja llena de fichas, cómo a cada momento llenaba su estilográfica con inspirada tinta azul, cómo su imaginación estaba siempre despierta, cómo de cualquier cosa, del hecho más trivial, decía él que se podía escribir un cuento.

Demostrarse a sí mismo que en efecto era un escritor, llevó a Leopoldo un día a comenzar un relato. Cierta mañana, después de dejar que su subconsciente trabajara durante la noche, Leopoldo amaneció inspirado. Se le ocurrió que la lucha de un perro con un puercoespín era un tema espléndido. Leopoldo no lo dejó escapar y se entregó a la tarea con ahínco frenético. Pronto se dio cuenta, empero, de que era mucho más fácil encontrar los temas que desarrollarlos y darles forma. Entonces se dijo que lo que le faltaba era cultura y se puso a leer con furia todo lo que caía en sus manos; pero principalmente lo que se refería a perros. Algún tiempo después se sintió más o menos seguro. Preparó una buena cantidad de papel, ordenó silencio en toda la casa, se puso una visera verde para preservar los ojos de la nociva luz eléctrica, limpió su estilográfica, se acomodó en la silla lo mejor que pudo, se mordió las uñas, contempló con inteligencia una parte del cielo raso, y despacio, interrumpido tan sólo por los latidos de su corazón emocionado, escribió:

«Había una vez un perro muy bonito que vivía en una casa. Era de raza fina y como tal, bastante chiquito. Su dueño era un señor muy rico con un hermoso anillo en el dedo meñique que tenía una casa de campo, pero un día le dio gana de ir a pasar unos días en el campo para respirar aire puro, pues se sentía enfermo, pues trabajaba mucho en sus negocios que eran de telas por lo que podía comprar buenos anillos y también ir al campo, entonces pensó que tenía que llevar al perrito pues si él no lo cuidaba la criada lo descuidaba y el perrito iba a sufrir pues estaba acostumbrado a ser cuidado con cuidado.

Cuando llegó al campo siempre con su mejor amigo que era el perrito pues era viudo las flores estaban muy bonitas pues era primavera y en este tiempo las flores están muy bonitas pues es su tiempo.»

Leopoldo no carecía de sentido crítico. Comprendió que su estilo no era muy bueno. Al día siguiente compró una retórica y una gramática Bello-Cuervo. Ambas lo confundieron más. Ambas enseñaban cómo se escribía bien; pero ninguna cómo no se escribía mal.

No obstante, un año después, sin tantos preparativos, estuvo en condiciones de escribir:

«El perro es un animal hermoso y noble. El hombre no cuenta con mejor amigo ni aun entre los hombres, en los que se dan con dolorosa frecuencia la deslealtad y la ingratitud. En una elegante y bien situada mansión de la populosa ciudad vivía un can. De raza fina, era bastante pequeño, pero fuerte y valiente en extremo. El dueño de este generoso animal, caballero rico y pudiente, tenía una casa de campo. Fatigado por sus múltiples e importantes ocupaciones, un día decidió pasar una temporada en su quinta campestre; mas preocupado por el trato que el perro podía recibir durante su ausencia de parte de la servidumbre desenfrenada, el bondadoso y próspero industrial llevó consigo al agradecido perro. Sí; temía que los groseros criados lo hicieran sufrir con su indolencia y descuido.

»El campo en primavera es muy bello. En esta dulce estación abundan las pintadas flores de deslumbrantes corolas que extasían la vista del polvoriento peregrino; y el melifluido gorjeo de los alegres y confiados pajarillos es una fiesta para los delicados oídos del sediento viajero. ¡Fabio, qué bello es el campo en primavera!»

La retórica y la gramática estaban dominadas.

Salvado este importante punto, Leopoldo llegó hasta el momento en que el animal hermoso y noble tenía que enfrentarse al puercoespín. A todo esto llevaba más de ciento treinta y dos cuartillas llenas de su letra firme y clara; de las cuales, es cierto, había sacrificado unas cincuenta y tres. Aspiraba a que su obra fuera perfecta. Su deseo era abarcarlo todo con aquel sencillo tema. Sus especulaciones sobre el tiempo y el espacio le llevaron no menos de seis meses de estudio. Sus prolongadas digresiones sobre cuál es el mejor amigo del hombre, el perro o el caballo; sobre la vida en el campo y la vida en las ciudades; sobre la salud del cuerpo y la salud del alma (sin contar con su novedosa traducción del aforismo *mens sana in corpore sano*); sobre Dios y sobre los perros amaestrados; sobre el aullar de los perros a la luna; sobre el cortejar de los animales; sobre los trineos y sobre Diógenes; sobre Rin Tin

Tin y su época (el perro escalando las sublimes cumbres del arte); sobre las fábulas y sobre a quién pertenecen en realidad las de Esopo, con las innumerables variantes que este nombre ha soportado en castellano, le tomaron más allá de dos años de fructuosa labor. Anhelaba hacer de su obra una sutil mezcla de *Moby Dick*, *La comedia humana* y *En busca del tiempo perdido*.

De esto hacía ya algunos meses.

Por la época en que lo encontramos había cambiado de parecer. Ahora estaba por la síntesis. ¿A qué escribir tanto sí todo, absolutamente todo, puede expresarse en la sobriedad de una cuartilla? Convencido de esta verdad, se lanzó a borrar y a tachar sin misericordia, con entera fe en su nueva dirección artística, y, no pocas veces, con un elegante espíritu de sacrificio.

El día en que lo hemos visto entrar en la biblioteca, su obra, considerablemente reducida, se encontraba, palabra más, palabra menos, en el siguiente estado:

«Era un buen perro. Pequeño, alegre. Un día se encontró en un ambiente que no era el suyo: el campo. Cierta mañana, un puercoespín...»

Leopoldo cerró el libro de Katz, en el que no encontró nada referente a los puercoespines. Pidió algunas obras que los estudiaran; pero lo informaron de que, injustamente, se había escrito muy poco sobre ellos. De manera que por el momento se tuvo que conformar con las precarias noticias que imparte el *Pequeño Larousse Ilustrado*:

«PUERCO m. (*Lat. porcus*). Cerdo, mamífero paquidermo doméstico. *Fig. y fam.* Hombre sucio y grosero: *Portarse como un puerco. Puercoespín*, mamífero roedor del norte de África, que tiene el cuerpo cubierto de púas: *el puercoespín es inofensivo, nocturno, y se alimenta de raíces y frutos. Amer.* El coendú. *Prov.* A cada puerco le llega su San Martín, a todo el mundo le llega la hora de padecer. Al más ruin puerco la mejor bellota, muchas veces logran fortuna los que no la merecen. El puerco es un animal precioso: todas las partes de su cuerpo son comestibles. Su carne, que debe comerse siempre muy cocida, se conserva en sal. La grasa, adherente a la piel forma el *tocino*; derretida y conservada, constituye la manteca de cerdo. Las cerdas o pelos del animal sirven para fabricar cepillos y escobas. La cría del puerco es fácil y rápida; este animal se contenta con residuos de toda clase a falta de las bellotas, castañas y patatas, por las que tiene gran afición.»

—Mañana —se dijo Leopoldo—, mañana haré un viaje al campo para documentarme.

¡Un viaje al campo! Qué hermoso cuento podía escribir.

El concierto

Dentro de escasos minutos ocupará con elegancia su lugar ante el piano. Va a recibir con una inclinación casi imperceptible el ruidoso homenaje del público. Su vestido, cubierto de lentejuelas, brillará como si la luz reflejara sobre él el acelerado aplauso de las ciento diecisiete personas que llenan esta pequeña y exclusiva sala, en la que mis amigos aprobarán o rechazarán —no lo sabré nunca— sus intentos de reproducir la más bella música, según creo, del mundo.

Lo creo, no lo sé. Bach, Mozart, Beethoven. Estoy acostumbrado a oír que son insuperables y yo mismo he llegado a imaginarlo. Y a decir que lo son. Particularmente preferiría no encontrarme en tal caso. En lo íntimo estoy seguro de que no me agradan y sospecho que todos adivinan mi entusiasmo mentiroso.

Nunca he sido un amante del arte. Si a mi hija no se le hubiera ocurrido ser pianista yo no tendría ahora este problema. Pero soy su padre y sé mi deber y tengo que oírla y apoyarla. Soy un hombre de negocios y sólo me siento feliz cuando manejo las finanzas. Lo repito, no soy artista. Si hay un arte en acumular una fortuna y en ejercer el dominio del mercado mundial y en aplastar a los competidores, reclamo el primer lugar en ese arte.

La música es bella, cierto. Pero ignoro si mi hija es capaz de recrear esa belleza. Ella misma lo duda. Con frecuencia, después de las audiciones, la he visto llorar, a pesar de los aplausos. Por otra parte, si alguno aplaude sin fervor, mi hija tiene la facultad de descubrirlo entre la concurrencia, y esto basta para que sufra y lo odie con ferocidad de ahí en adelante. Pero es raro que alguien apruebe fríamente. Mis amigos más cercanos han aprendido en carne propia que la frialdad en el aplauso es peligrosa y puede arruinarlos. Si ella no hiciera una señal de que considera suficiente la ovación, seguirían aplaudiendo toda la noche por el temor que siente cada uno de ser el primero en dejar de hacerlo. A veces esperan mi cansancio para cesar de aplaudir y entonces los veo cómo vigilan mis manos, temerosos de adelantárseme en iniciar el silencio. Al principio me engañaron y los creí sinceramente

emocionados: el tiempo no ha pasado en balde y he terminado por conocerlos. Un odio continuo y creciente se ha apoderado de mí. Pero yo mismo soy falso y engañoso. Aplaudido sin convicción. Yo no soy un artista. La música es bella, pero en el fondo no me importa que lo sea y me aburre. Mis amigos tampoco son artistas. Me gusta mortificarlos, pero no me preocupan.

Son otros los que me irritan. Se sientan siempre en las primeras filas y a cada instante anotan algo en sus libretas. Reciben pases gratis que mi hija escribe con cuidado y les envía personalmente. También los aborrezco. Son los periodistas. Claro que me temen y con frecuencia puedo comprarlos. Sin embargo, la insolencia de dos o tres no tiene límites y en ocasiones se han atrevido a decir que mi hija es una pésima ejecutante. Mi hija no es una mala pianista. Me lo afirman sus propios maestros. Ha estudiado desde la infancia y mueve los dedos con más soltura y agilidad que cualquiera de mis secretarias. Es verdad que raramente comprendo sus ejecuciones, pero es que yo no soy un artista y ella lo sabe bien.

La envidia es un pecado detestable. Este vicio de mis enemigos puede ser el escondido factor de las escasas críticas negativas. No sería extraño que alguno de los que en este momento sonrían, y que dentro de unos instantes aplaudirán, propicie esos juicios adversos. Tener un padre poderoso ha sido favorable y aciago al mismo tiempo para ella. Me pregunto cuál sería la opinión de la prensa si ella no fuera mi hija. Pienso con persistencia que nunca debió tener pretensiones artísticas. Esto no nos ha traído sino incertidumbre e insomnio. Pero nadie iba ni siquiera a soñar, hace veinte años, que yo llegaría adonde he llegado. Jamás podemos saber con certeza, ni ella ni yo, lo que en realidad es, lo que efectivamente vale. Es ridícula, en un hombre como yo, esa preocupación.

Si no fuera porque es mi hija confesaría que la odio. Que cuando la veo aparecer en el escenario un persistente rencor me hierve en el pecho, contra ella y contra mí mismo, por haberle permitido seguir un camino tan equivocado. Es mi hija, claro, pero por lo mismo no tenía derecho a hacerme eso.

Mañana aparecerá su nombre en los periódicos y los aplausos se multiplicarán en letras de molde.

Ella se llenará de orgullo y me leerá en voz alta la opinión laudatoria de los críticos. No obstante, a medida que vaya llegando a los últimos, tal vez a aquellos en que el elogio es más admirativo y exaltado, podré observar cómo sus ojos irán humedeciéndose, y cómo su voz se apagará hasta convertirse en un débil rumor, y cómo, finalmente, terminará llorando con un llanto

desconsolado e infinito. Y yo me sentiré, como todo mi poder, incapaz de hacerla pensar que verdaderamente es una buena pianista y que Bach y Mozart y Beethoven estarían complacidos de la habilidad con que mantiene vivo su mensaje.

Ya se ha hecho ese repentino silencio que presagia su salida. Pronto sus dedos largos y armoniosos se deslizarán sobre el teclado, la sala se llenará de música, y yo estaré sufriendo una vez más.

El centenario

—... Lo que me recuerda —dije yo— la historia del malogrado sueco Orest Hanson, el hombre más alto del mundo (en sus días. Hoy la marca que impuso se ve abatida con frecuencia).

En 1892 realizó una meritoria gira por Europa exhibiendo su estatura de dos metros cuarenta y siete centímetros. Los periodistas, con la imaginación que los distingue, lo llamaban el hombre jirafa.

Imaginen. Como la debilidad de sus articulaciones no le permitía hacer casi ningún esfuerzo, para alimentarlo era preciso que algún familiar suyo se encaramara en las ramas de un árbol a ponerle en la boca bolitas especiales de carne molida, y pequeños trozos de azúcar de remolacha, como postre. Otro pariente le ataba las cintas de los zapatos. Otro más vivía siempre atento a la hora en que Orest necesitaba recoger del suelo algún objeto que por descuido, o por su peculiar torpeza, se le escapara de las manos. Orest atisbaba las nubes y se dejaba servir. En verdad, su reino no era de este mundo, y se podía adivinar en sus ojos tristes y lejanos una persistente nostalgia por las cosas terrenales. En el fondo de su corazón sentía especial envidia por los enanos, y se soñaba siempre tratando, sin éxito, de alcanzar los aldabones de las puertas y echando a correr, como en las tardes de su niñez.

Su fragilidad llegaba a extremos increíbles. Mientras iba de paseo por las calles cada paso suyo hacía temer, aun a los transeúntes escandinavos, un aparatoso desplome. Con el tiempo sus padres dieron muestras de ávido pragmatismo (que mereció más de una crítica) al decidir que Orest saliera únicamente los domingos, precedido de su tío carnal, Erick, y seguido de Olaf, sirviente, quien recibía en su sombrero las monedas que las almas sentimentales se creían en la obligación de pagar por aquel espectáculo lleno de gravitante peligro. Su fama creció.

Pero es cierto que no hay dicha completa. Poco a poco en el alma infantil de Orest empezó a filtrarse una irresistible afición por aquellas monedas. Finalmente, esta legítima atracción por el metal acuñado vino a determinar su derrumbe y la razón de su extraño fin, que se verá en el lugar oportuno.

Barnum lo convirtió en profesional. Pero Orest no sentía el llamado del arte, y el circo sólo le interesó como fuente de dinero. Por otra parte, su espíritu aristocrático no resistía ni el olor de los leones ni que la gente le tuviera lástima. Dijo adiós a Barnum.

A la edad de diecinueve años medía dos metros cuarenta y cuatro. Después vino un receso tranquilizador, y sólo a los veinticinco descubrió su estatura normal de dos cuarenta y siete, que ya no lo abandonó hasta la hora de la muerte. El descubrimiento se produjo así. Invitado a visitar Londres por un gracioso capricho de Sus Majestades Británicas, se dirigió al consulado de Inglaterra en Estocolmo para obtener la visa. El cónsul inglés, como tal, lo recibió sin mayores muestras de asombro, y aun se atrevió a preguntarle por sus señas particulares, y a dudar de que midiera dos metros cuarenta y cinco a la hora de hacer la filiación. Cuando el cartabón reveló que eran dos cuarenta y siete, el cónsul hizo el tranquilo gesto que significa: «Ya lo decía yo». Orest no dijo nada. Se acercó en silencio a la ventana y desde allí, resentido, contempló durante largos minutos el mar agitado y el cielo azul en calma.

En adelante la curiosidad de los reyes europeos elevó sus ingresos. En poco tiempo llegó a ser uno de los gigantes más ricos del Continente, y su fama se extendió incluso entre los patagones y los yaquis y los etíopes. En aquella revista que Rubén Darío dirigía en París pueden ver dos o tres fotografías de Orest, sonriente al lado de las más encumbradas personalidades de entonces; documentos gráficos que el alto poeta publicó en el décimo aniversario de la muerte del artista, a manera de homenaje tan merecido como póstumo.

De pronto su nombre descendió de los periódicos.

Pero a pesar de todas las maniobras que se han fraguado para mantener en secreto las causas que concurrieron a su inesperado ocaso, hoy se sabe que murió trágicamente en México durante las Fiestas del Centenario, a las que asistió invitado de manera oficial. Las causas fueron veinticinco fracturas que sufrió por agacharse a recoger una moneda de oro (precisamente un «centenario») que en medio de su rastrero entusiasmo patriótico le arrojó el chihuahuense y oscuro Silvestre Martín, esbirro de don Porfirio Díaz.

No quiero engañarlos

Los preliminares de la función no se desarrollaban como fue previsto. En la sala llena, el público, impaciente y acalorado, se removía inquieto en los asientos. Al centro del escenario había un micrófono, del que de vez en cuando salía un angustioso zumbido.

De pronto una voz metálica anunció a través del amplificador que los protagonistas de la película, que acababan de llegar de Francia, subirían al proscenio a decir algunas palabras y —aunque esto no se mencionó, a pesar de ser lo más atractivo— a mostrarse un poco en carne y hueso. El maestro de ceremonias, un hombre diligente y calvo, mezcla de timidez y seguridad, comenzó a hablar, fingiendo cierto tono profesional que denunció desde el primer momento su escasa experiencia.

Como si no estuviera todo preparado de antemano, la estrella femenina aparentó sorpresa desde su butaca cuando fue llamada; pero pronto subió, radiante, y dijo que muchas gracias, entre la general aprobación. Después apareció el actor principal, quien al cabo de un corto silencio y no hallando otra cosa mejor que declarar gritó en su mal español: «¡Viva México!» y fue muy aplaudido.

Posteriormente se presentaron los artistas de menor magnitud y, por supuesto, cantidad de personas que no tenían nada que ver, entre ellas un individuo bajito que se dio importancia confesando que podía imitar voces de artistas de la radio y de animales, y lo hizo. Por último, y como después de haber sido penosamente olvidados, el productor de la película y su esposa.

El maestro de ceremonias presentaba a cada uno con intrépidas frases de elogio y pedía aplausos para todos. No era muy hábil, pero disimulaba su ineptitud ensalzando a todo el mundo y moviendo afanosamente los brazos en demanda de una aprobación que el público estaba cada vez con menos ganas de otorgarle.

—Tenemos también con nosotros —anunció finalmente— a la señora esposa del productor, la gran actriz —consultó con apremio un papelito—, la

gran actriz, señora de Fuchier, quien va a dirigirnos unas palabras y para quien pido un fuerte aplauso.

Desde las butacas ocho o diez personas respondieron con cansancio a su insinuante palmoteo.

La señora de Fuchier tuvo oportunidad de lucir su belleza rubia y su fulgurante vestido y sus joyas cuando se acercó al micrófono. Insegura y torpe, movió nerviosamente una clavijita durante varios segundos, hasta lograr poner el aparato a la altura de la boca; sonrió apenada como diciendo «¡al fin!», y el público sonrió con ella comprensivo.

—Mi querido público, muchas gracias —comenzó—. Ante todo, quiero aclarar que yo no soy una gran actriz como acaba de afirmar mi querido amigo, el señor, el señor —y señaló al maestro de ceremonias—. No soy ni siquiera actriz. Claro que me gustaría serlo y poder dar a ustedes con frecuencia unos minutos de alegría; pero, bueno, creo que el arte es algo muy difícil y, francamente, bueno, pues pienso que el arte es algo muy difícil y tiemblo ante la simple idea de estar frente a una cámara con los reflectores encima, como si me fueran a fusilar. Supongo que ésa sería la sensación. De modo que no sé, realmente, por qué ha asegurado él que soy una gran actriz. No solamente una actriz, fíjense, sino una gran actriz. Bien quisiera yo que fuera cierto, porque a pesar de todo, bueno, siento una grandísima atracción por las tablas. En la escuela, hace ya bastantes años, teníamos un grupo y representábamos unas pastorelas muy bonitas, ya pueden imaginar ustedes; pero yo nunca logré vencer mi timidez, y en cuanto estaba ante el público sentía que las ideas se me iban no sé a dónde, y sudaba porque me daba cuenta de que todos se estaban fijando en mí como si estuviera desnuda, y después ya no sabía si estaba haciendo el papel de pastora, de oveja o de Niño Dios. Piensen. Cuando olvidaba mi parte y por qué estaba allí, lo que se me ocurría era inventar algo y hablar y hablar cualquier cosa para no quedarme callada como una tonta. Bueno, por eso les ruego no creer que les va a hablar una artista, por decirlo así, hecha y derecha.

Se escucharon en la sala débiles aplausos entre murmullos de impaciencia y de aprobación. Un señor flaco se volvió a su mujer y le susurró: «Pues, ¿y ésta?».

—Yo sólo quiero decir que me siento muy contenta de estar aquí con ustedes esta noche; pero de ahí a que yo sea una gran actriz, bueno, pues dista mucho de la verdad. ¡Qué esperanza! Si no fuera por mi esposo, el señor Fuchier, que maneja la empresa, bueno, creo que ni siquiera estaría aquí. Es más, cuando él me propuso insistentemente que encarnara en la sábana de

plata a la protagonista de *Vientos de libertad*, que ahora vamos a ver, recordé mis experiencias de la escuela y me dije: «¿Qué vas a hacer tú? ¿Y si fracasas?». Y por más que él me estimulaba con sus repetidos «Anda, ánimo, en el cine no se necesita saber actuar», yo tomaba eso como una indirecta a mi incapacidad artística, bueno, que él no creía en mí, y nunca quise, porque me conozco. La verdad es que sí me gusta actuar, y, a veces, cuando estoy sola en mi casa, me paro ante el espejo y sin que nadie se dé cuenta, porque me daría mucha vergüenza, ensayo algunos papeles de pastorela para no perder la costumbre. Entonces me olvido de todo y soy feliz. Pero si alguien entra en esos momentos y me sorprende en ademán de recitar, hago como que me estoy peinando, o tratando de matar una mosca. Lo que más me gustaría hacer es comedia. Es más fácil porque si uno tropieza, por ejemplo, con una pared, el público se ríe y no se echa de ver. En el drama es otra cosa.

Los asistentes más respetuosos lograron acallar el rumor que empezaba a levantarse en la sala. Resignados, los impacientes se conformaron con oír un poco más a la señora de Fuchier, entre divertidos y confusos. Sólo el señor flaco insistió en hacer ruido con un periódico, pero su mujer le dijo: «¡Cómo eres!».

—Por temporadas me entraron deseos de ponerme a estudiar. Pero no; nunca me hubiera atrevido. Tenía deseos, sí, pero, «¿qué vas a hacer tú?», me decía. Y pasaba todo el día pensando tal vez mañana, tal vez mañana. Esto es lo que quiero aclarar; porque no me gusta atribuirme méritos que no tengo. Todos son muy buenos conmigo; pero de ahí a que yo esté al servicio de Talía, que es la musa del teatro, pues hay una distancia enorme.

Las recomendaciones de cordura fueron desechadas por la mayoría, y los aplausos volvieron a sonar, esta vez más fuertes y mezclados con silbidos. Un grito desde el anfiteatro remedó la voz de la señora de Fuchier, y todos se rieron creyendo que era el hombre que imitaba voces de artistas y animales de la radio.

—En primer lugar, hay que estudiar mucho; y yo no sirvo, bueno, no he servido nunca para el estudio, pues me distraigo con frecuencia; como quien dice, pierdo el hilo y me pongo a pensar en otra cosa y como que no me concentro. Y el arte lo que requiere sobre todo es concentración y esfuerzos prolongados y no pensar en otra cosa. Eso es, me decía, lo que a ti te falta es constancia; la verdad es que no tienes vocación. Es cierto, te gusta el teatro, pero no tanto, y así, ¿para qué te empeñas? ¿Y si fracasas? Si es por dar gusto a tu marido, que ya ves cómo te quiere, está bien; pero si se trata de una

simple vanidad, ¿para qué te empeñas? Eso me digo cuando lo medito en las noches. Y supongo que eso piensa también mi marido. Quién sabe. No crean, en el fondo no deja de darme una como ganita de llorar.

El maestro de ceremonias, atento a su responsabilidad, miraba a todos y gesticulaba en su afán de explicar: «¿Qué hacemos? Yo no tengo la culpa. La situación es penosa, me doy cuenta, pero no puedo hacer nada».

—Me he acercado a este micrófono, bueno pues porque quiero que sepan lo contenta que estoy de encontrarme esta noche entre tan grandes artistas; pero de ahí a lo que dijo este señor, pues, la verdad, no quiero que ustedes se formen una falsa idea de mí. Si fuera posible, yo les prometo que me esforzaré, que estudiaré, y que algún día seré digna, bueno, del nombre de actriz; pero por ahora tengo que ser franca y no engañarme a mí misma ni engañarlos a ustedes.

Mientras tanto, y preocupado por su propio problema, el maestro de ceremonias seguía tratando de darse a entender con gestos y miradas de inteligencia. Le interesaba que el público captara este mensaje: «Comprendan. Hacerla callar no me parece correcto. Quizá si ustedes aplauden más fuerte, o silban más fuerte, o hacen algo. Claro, yo soy el maestro de ceremonias, pero todo esto es tan raro. ¿Se dan cuenta de mi situación? Sólo una vez, hace algunos años, tuve una experiencia parecida. Bueno, era cuando yo comenzaba a trabajar en esto y me turbaba. Un día el Presidente de la República llegó a mi pueblo, en ocasión en que un tío mío, por pura coincidencia, cumplía años, y al ver al Presidente creyó que iba al pueblo a felicitarlo, y se puso a decirle por el micrófono que él no merecía tanto honor y que no era quién para que el Presidente fuera a verlo, y yo no hallaba cómo arreglar la cosa. Bueno, qué quieren que haga, yo también estoy muy apenado. Lo de gran actriz, bueno, pues era una cortesía».

—Quiero insistir, pues, en que me siento muy contenta de estar aquí esta noche en que inauguramos este festival de cine italiano. De repente pienso que quizá en una película neorrealista me sería más fácil trabajar, pero me digo: «¿Qué vas a hacer tú? ¿Y si fracasas?». No sé, tal vez ése sea mi camino: un papel sencillo, sin complicaciones; bueno, en el que pueda improvisar un poco sin ningún temor, dejar suelta mi personalidad. En fin, no sé.

Los gestos del maestro de ceremonias eran a cada momento más desesperados. Se retorció las manos y guiñaba los ojos; pero un observador atento hubiera podido comprender que ya su tío estaba otra vez enredado en algo con el Presidente de la República.

Llegó un instante en que el público no supo ya a quién atender, si a la señora de Fuchier con el discurso de sus aspiraciones, sus miedos y sus disculpas, o al maestro de ceremonias con su gesticulación desconcertada. Optó por la risa franca y el pataleo. El señor flaco daba rienda suelta a sus instintos y trataba de pararse en el asiento, pero su mujer lo tironeaba de una manga y le decía: «¿Qué te pasa?».

—Tal vez si estudiara con un buen maestro podría acostumbrarme al público y a concentrar, porque lo que me falta sobre todo es concentración, y el arte, ustedes lo saben bien, lo que requiere es concentración.

Los otros invitados de honor, maniobrando hábilmente, se habían retirado del escenario, uno por uno. El señor Fuchier fue hasta la cabina de operadores y ordenó que empezara la película. Entonces, sobre un fondo movedido y musical, se vieron las sombras del maestro de ceremonias y de la señora de Fuchier, cada una por su lado, corriendo y manoteando y dando las últimas explicaciones.

La vaca

Cuando iba el otro día en el tren me erguí de pronto feliz sobre mis dos patas y empecé a manotear de alegría y a invitar a todos a ver el paisaje y a contemplar el crepúsculo que estaba de lo más bien. Las mujeres y los niños y unos señores que detuvieron su conversación me miraban sorprendidos y se reían de mí pero cuando me senté otra vez silencioso no podían imaginar que yo acababa de ver alejarse lentamente a la orilla del camino una vaca muerta muertita sin quien la enterrara ni quien le editara sus obras completas ni quien le dijera un sentido y lloroso discurso por lo buena que había sido y por todos los chorritos de humeante leche con que contribuyó a que la vida en general y el tren en particular siguieran su marcha.

Obras completas

Cuando cumplió cincuenta y cinco años, el profesor Fombona había consagrado cuarenta al resignado estudio de las más diversas literaturas, y los mejores círculos intelectuales lo consideraban autoridad de primer orden en una dilatada variedad de autores. Sus traducciones, monografías, prólogos y conferencias, sin ser lo que se llama geniales (por lo menos eso dicen hasta sus enemigos) podrían constituir en caso dado una preciosa memoria de cuanto valor se ha escrito en el mundo, máxime si ese caso fuera, digamos, la destrucción de todas las bibliotecas existentes.

Su gloria como maestro de la juventud no era menor. El selecto grupo de ávidos discípulos que comandaba, y con el que compartía una que otra hora por las tardes, veía en él un humanista de inagotable erudición y seguía sus indicaciones con fanatismo incondicional, del que el propio Fombona era el primero en asustarse: más de una vez había sentido el peso de esos destinos gravitando sobre su conciencia.

El último, Feijoo, apareció tímidamente. Un día, con cualquier pretexto, se atrevió a reunirsele en el café^[3]. Aceptado en principio por Fombona, más tarde se incorporó al grupo como todo buen neófito: con cierto temor inocultable y sin participar mucho en las discusiones. Sin embargo, pasados algunos días y vencida en parte la timidez inicial, se decidió al fin a mostrarles algunos versos. Le gustaba leerlos él mismo, acentuando con entonación moleestamente escolar las partes que creía de mayor efecto. Después doblaba sus papelitos con serenidad nerviosa, los metía en su cartapacio y jamás volvía a hablar de ellos. Ante cualquier opinión, favorable o negativa, desarrollaba un silencio oprimido, molesto. Inútil consignar que a Fombona esos trabajos no le parecían buenos, pero adivinaba en el autor cierta fuerza poética oculta pugnando por salir. La inseguridad de Feijoo no podía escapar a la felina percepción de Fombona. Muchas veces lo pensó con detenimiento y estuvo a punto de decirle unas palabras de elogio (era obvio que Feijoo las necesitaba); pero una resistencia extraña que no llegó nunca a comprender, o que trataba por todos los medios de ocultarse, le impedía

pronunciar esas palabras. Por el contrario, si algo se le ocurría era más bien una broma, cualquier agudeza sobre los versos, que provocaba invariablemente la risa de todos. Decía que eso «descargaba la atmósfera», haciendo menos sensible su presencia de maestro; pero un acre remordimiento se apoderaba siempre de él inmediatamente después de aquellas salidas. La parquedad en el elogio era la virtud que cultivaba con más esmero. Sin duda porque él mismo, a la edad de Feijoo, se avergonzaba de escribir versos, y un rubor invencible —tanto más difícil de evitar cuanto más combatido— le subía al rostro si alguien encomiaba sus vacilantes composiciones. Aún ahora, cuando cuarenta años de tenaz ejercicio literario —traducciones, monografías, prólogos y conferencias— le deparaban una seguridad antes desconocida, rehuía todo género de alabanza, y los elogios de sus admiradores eran para él más bien una constante amenaza, algo que en secreto imploraba, pero que rechazaba siempre con un gesto huraño, o superior.

Con el tiempo los poemas de Feijoo empezaron a ser perceptiblemente mejores. Claro, ni Fombona ni su grupo se lo decían, pero en ausencia de Feijoo comentaban la posibilidad de que terminara por convertirse en un gran poeta. Sus progresos fueron finalmente tan notorios que el mismo Fombona se entusiasmó, y una tarde, como sin darse cuenta, le dijo que *a pesar de todo* sus versos encerraban no poca belleza. El rubor de Feijoo ante lo insólito de ese inesperado incienso fue más visible y penoso que nunca. Evidentemente sufría por la exigencia futura que esas palabras implicaban: mientras Fombona guardó silencio no tenía nada que perder; ahora su obligación era superarse a cada nuevo intento para conservar el derecho a aquella generosa frase de aliento.

Desde entonces le fue cada vez más difícil mostrar sus trabajos. Por otra parte, a partir de ese momento el entusiasmo de Fombona se transformó en una discreta indiferencia que Feijoo no tuvo la capacidad de comprender. Un sentimiento de impotencia lo asaltó ya no sólo ante los demás, sino hasta a solas consigo mismo. Aquella alabanza de Fombona equivalía un poco a la gloria, y el riesgo de una censura fue algo que Feijoo no se sintió ya con fuerzas para afrontar. Pertenecía a esa clase de personas a quienes los elogios hacen daño.

En Daysie's el café no es muy bueno y últimamente lo contamina la televisión. Saltemos sobre la ingrata descripción de ese ambiente banal y no nos detengamos, pues no viene al caso, ni siquiera a ver los rostros llenos de vida de las adolescentes que pueblan las mesas, ni mucho menos a oír las

conversaciones de los graves empleados de banco que en las tardes, a la hora del crepúsculo, gustan dialogar, llenos de la suave melancolía propia de su profesión, acerca de sus números y de las mujeres sutilmente perfumadas con que sueñan.

Iturbe, Ríos y Montúfar charlaban sobre sus respectivas especialidades: Montúfar, Quintiliano; Ríos, Lope de Vega; Iturbe, Rodó. Al calor de un café que la charla había dejado enfriar, Fombona, como un director de orquesta, señalaba a cada uno la nota apropiada, y extraía una y otra vez de su insondable saco gris (cruelmente injuriado por superpuestas manchas de origen poco misterioso) tarjetas con nuevos datos, por las cuales la posteridad estaría en aptitud de saber que hubo una coma que Rodó no puso, un verso que Lope encontró prácticamente en la calle, un giro que indignaba a Quintiliano. Brillaba en todos los ojos la alegría que esos aportes eruditos despiertan siempre en las personas de corazón sensible. Cartas de primordiales especialistas, envíos de amigos lejanos y hasta contribuciones de procedencia anónima, iban a acrecentar semana a semana el conocimiento exhaustivo de esos grandes hombres distantes en el tiempo y en la geografía. Esta variante, aquella simple errata descubierta en los textos, acrecentaban en el grupo la fe en la importancia de su trabajo, en la cultura, en el destino de la humanidad.

Feijoo, según su costumbre, llegó en silencio y se colocó de inmediato al margen de la conversación. Aparte de conocer bien a Lope de Vega (aunque conocer «bien» a Lope de Vega era algo que Fombona no creía posible), es improbable que supiera distinguir con claridad la diferencia precisa entre Quintiliano y Rodó. Resultaba fácil ver que se sentía molesto y como disminuido.

Fombona consideró propicio el momento. Como solía en esos casos, produjo un cargado silencio que se prolongó por varios minutos. Después, sonriendo un poco, dijo:

—Dígame, Feijoo, ¿recuerda aquella cita de Shakespeare que trae Unamuno en el capítulo III del *Del sentimiento trágico de la vida*?

No; Feijoo no la recordaba.

—Búsquela; es interesante, puede servirle.

Tal como lo esperaba, al día siguiente Feijoo habló de aquella cita y de su torpe memoria.

Unamuno dejó de ser tema de conversación por algunos días. Y Quintiliano, Lope y Rodó tuvieron tiempo de crecer considerablemente.

Cuando ya Unamuno estaba olvidado por completo:

—Feijoo —dijo otra vez sonriendo Fombona—, usted que conoce tan bien a Unamuno, ¿recuerda cuál fue su primer libro traducido al francés?

Feijoo no lo recordaba muy bien.

El sábado y el domingo siguiente no se vieron. Pero el lunes Feijoo proporcionó ese dato, y la fecha, y el pie de imprenta.

Desde ese día inolvidable las conversaciones adquirieron un nuevo huésped efectivo: Feijoo. Ahora charlaban mucho mejor, y cierto atardecer desapacible, en que la lluvia imprimía una vaga tristeza en los rostros de todos, Feijoo pronunció por primera vez, clara y distintamente, el nombre sagrado de Quintiliano. Feijoo, antigua pieza suelta en aquel armonioso sistema, había encontrado por fin su lugar preciso en el engranaje. Desde entonces los unió algo que antes no compartían: el afán de saber, de saber con precisión.

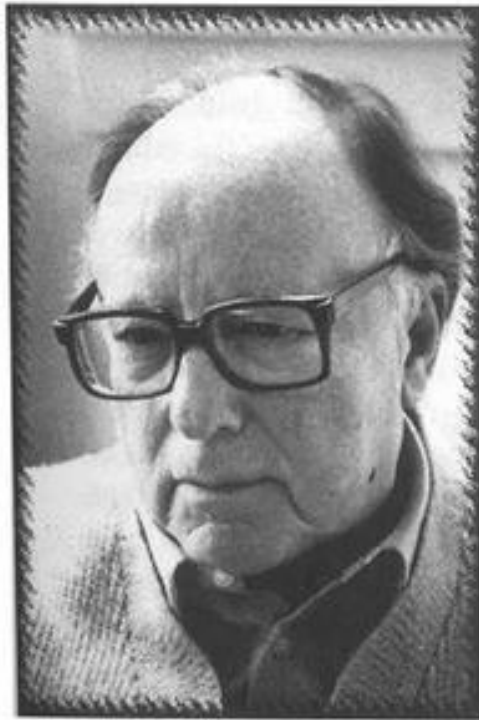
Fombona volvió a gozar el deleite de sentirse maestro, y un día y otro imprimió un nuevo signo en aquella dócil materia. ¡La indecisión de Feijoo encajaba tan fácilmente en la indecisión de Unamuno! El tema no fue escogido al azar. El campo era infinito. Unamuno filósofo, Unamuno novelista, Unamuno poeta, Kierkegaard y Unamuno, Unamuno y Heidegger y Sartre. Un autor digno de que alguien le consagrara la vida entera, y él, Fombona, encauzando esa vida, haciéndola una prolongación de la suya. Imaginaba a Feijoo en un mar de papeles y notas y pruebas de imprenta, libre de sus temores, de su horror a la creación. ¡Qué seguridad adquiriría! Cómo en adelante aquel querido muchacho temeroso podría enfrentarse a quien fuera, y hablar de todo a través de Unamuno. Y se vio a sí mismo, cuarenta años atrás, sufriendo avergonzado y solo por el verso que se negaba a salir, y que si salía era únicamente para producirle aquel rubor como fuego que nunca pudo explicarse. Pero de nuevo volvió la vieja duda a atormentarlo. Se preguntó otra vez si sus traducciones, monografías, prólogos y conferencias —que constituirían, en caso dado, una preciosa memoria de cuanto valor se había escrito en el mundo— bastarían a compensarlo de la primavera que sólo vio a través de otros y del verso que no se atrevió nunca a decir. La responsabilidad de un nuevo destino oprimía sus hombros. Y un como remordimiento, el viejo remordimiento de siempre, vino a intranquilizar sus noches: Feijoo, Feijoo, muchacho querido, escápate, escápate de mí, de Unamuno; quiero ayudarte a escapar.

Cuando Marcel Bataillon nos visitó hace unos meses, Fombona les propuso organizar una reunión para agasajarlo y hablar de sus libros.

En la pequeña fiesta Bataillon se interesó vivamente por los nuevos poetas, por la investigación literaria, por la pintura, por todo. Como a las diez y media Fombona tomó a Feijoo por el brazo (creyó percibir una ligera resistencia que fue vencida más por la autoridad de su mirada sonriente que por la fuerza), se acercó al distinguido visitante y pronunció despacio, con calma:

—Maestro, quiero presentarle a Feijoo. Es especialista en Unamuno; prepara la edición crítica de sus *Obras completas*.

Feijoo le estrechó la mano y dijo dos o tres palabras que casi no se oyeron, pero que significaban que sí, que mucho gusto, mientras Fombona saludaba de lejos a alguien, o buscaba un cerillo, o algo.



AUGUSTO MONTERROSO (Tegucigalpa, 1921 – México, D. F., 2003) es uno de los autores latinoamericanos más reconocidos a nivel internacional.

Aunque nacido en Honduras, Augusto Monterroso era hijo de padre guatemalteco y optó por esta nacionalidad al llegar a su mayoría de edad. Participó en la lucha popular que derrocó a la dictadura de Jorge Ubico y posteriormente hubo de exiliarse. Con un paréntesis en Guatemala y algún destino diplomático, vivió desde 1944 en México, donde trabajó en la UNAM y, como traductor, en el Fondo de Cultura Económica.

Escritor de fama internacional, mereció importantes galardones y reconocimientos, como el premio nacional de cuento Saker-Ti (Guatemala, 1952), el premio de literatura Magda Donato (México, 1970), el Xavier Villaurrutia (México, 1975), la Orden del Águila Azteca (México, 1988), el premio literario del Instituto Ítalo-Latinoamericano (Roma, 1993), el Premio Nacional de Literatura Miguel Ángel Asturias (Guatemala, 1997), el Príncipe de Asturias (España, 2000) y el Juan Rulfo (México, 2000).

Su producción narrativa incide fundamentalmente en el análisis de la naturaleza humana desde una óptica irónica. La literatura de Augusto Monterroso, sin embargo, es difícilmente clasificable: textos breves en general, de género impreciso, en la frontera del relato y la fábula, del ensayo y el aforismo, escritos con sentido del humor y de la sorpresa. Innovador y

renovador de los géneros tradicionales, específicamente de la fábula, se reconoce su importancia por el cambio que introduce en la literatura guatemalteca del siglo xx: brevedad e ironía. Sus relatos denotan una brillante imaginación resuelta en sutilezas. La paradoja y el humor fino, apoyados en una enorme capacidad de observación y plasmados en una prosa de singular precisión, denotan una fantasía exuberante y una extraordinaria concisión.

Traducida a varios idiomas, la obra de Augusto Monterroso incluye títulos como *El concierto y el eclipse* (1947), *Uno de cada tres* y *El centenario* (1952), *Obras completas y otros cuentos* (1959), *La Oveja Negra y demás fábulas* (1969), *Movimiento perpetuo* (1969), *Animales y hombres* (1971), *Antología personal* (1975), *Lo demás es silencio* (1978), *Las ilusiones perdidas* (1985), *Esa fauna* (1992) o *La vaca* (1998).

Una aproximación directa a su persona ofrece la colección de entrevistas *Viaje al centro de la fábula* (1981); en 1993 publicó *Los buscadores de oro*, libro de memorias.

Notas

[1] Organillero. <<

[2] Diógenes. <<

[3] El Daysie's, en la calle de Versalles, cerca de Reforma. <<